

Durazno reverdeciente

Sesenta y cinco años

Vuelvo del colegio, como todas las tardes. Divagando como siempre con profesiones más importantes. Uno de los sueños que siempre se me repite es el de haber sido cantante de cumbia. Mi madre era muy tradicional, así que me obligó a estudiar algún magisterio y yo elegí el de Bellas Artes. Luego de conocer a muchos literatos me hice maestra de literatura. También estudié inglés y por muchos años di clases particulares, con lo que ganaba bastante dinero.

A los 31 dejé de ir a la discoteca. Mis amigos de más de 36, y hasta los de 40, no paraban de ir a bailar. Yo comencé a quedarme en casa con mi novio, al que nunca llamé novio sino compañero de casa, con el que nunca tuve hijos. Y al salir a yirar por la calle Florida a comprar artesanías, como yo tenía plata, invitaba a los vendedores a chupar cerveza y a fumar tabaco. Yo llegaba con varios atados de veinte que les repartía. Me apasionaban los chicos que no usaban remera, a los que se les veían los tatuajes. También me gustaban las chicas masculinas, bien vestidas. Muy vestidas, que sólo mostraban sus fuertes brazos lampiños. Me daba igual cualquier sexo.

Al final estoy sola, con dos gatos que no deseo y soy maestra, profesora. Quiero aclarar que de los chicos y chicas que estaban en Lavalle no me gustaban los que escuchaban salsa. A éstos los discriminaba por intentar hacerse los intelectuales o por ser demasiado ardientes para mi gusto. Cumbia sí. Esos eran mis preferidos. Cumbia, quarteto, música pesada y hasta aceptaba a los un grupo de rock comercial llamado Los Piojos. En aquella época le encontraba algo bizarro a su música. Como algo morbo. Hoy ya no existen más.

Cuando llego a casa prendo el contestador y encuentro un solo mensaje (raro, nunca tengo ninguno), un mensaje de Gabriela:

-Hola Fer, estoy terminando una nueva novela. Creo que esta es la mejor de todas. Y pensaba salir a festejar al bar de David: "Concheto". Conocí a un chico de 37 que tiene un amigo que está ansioso de conocer a una mujer grande como vos.

Como vos, me dije. Lo primero que hago es servirme un whisky con hielo, lo hago todos los días. Este es el gran rito para aislarme de mi entorno, que me parece patético. Como por ejemplo mis colegas, pendejas de 28 que quieren convertir a sus alumnos en genios. ¡Qué asco! Yo a esta altura los dejo hacer lo que quieran y les pongo a todos diez. ¿Quién de la escuela le va a discutir a una jovata de 65 como yo? ¿Que querés leer? ¿March Alvis? ¿Cecilia Pavón? Mi amor, leé lo que quieras mientras te distraigas con algo. Lo segundo que hago es borrar el mensaje de Gaby y volver a servirme un whisky más. A esta altura, ¡por Dios...! Me levanto todos los días a las 8 y me tomo diez vasos de agua fría. Desayuno mate con dos o tres bizcochos y hago unas elongaciones contra la pared. Apoyo mis manos contra la ya citada y bajo mi espalda en forma de tabla. Siento que me hace bien. Y de ahí al cole.

No soy una profesora mediocre, al contrario, soy copada con los pibes y las chicas. Me aguantan, hasta diría que me quieren. Algunos me dan piñas en la panza o me guiñan el ojo. Me gustan. Aunque a veces me dan mucha pena. Tanta vida por vivir...

Mis amigos me dicen que me volví una vieja quejosa y mala onda, pero así soy yo loco, copada a mi manera. A veces dejo a los alumnos armar porros en el aula y me arriesgo a todo, pero como ya dije, todo el mundo piensa que tengo más pinta de vieja mala que de buena onda. Igual soy buena onda,

pienso. Cuando me haya muerto todos se van a dar cuenta Gaby. Y ahora no sé, se me dio por escribir esta especie de diario-nouvelle porque a pesar de que borré el mensaje del contestador algo se me movió por dentro. Como que si salgo tendré algo para contar. Algo que esté haciendo por mí misma, aparte de los ejercicios de elongación. Además se me ocurrió que ¿y si en vez de un pibe calentón, Gaby me consigue una piba de 50 deseosa de tener una ídola? No estaría nada mal. Pero para tener a una idolatradora algo tengo que hacer y, ya que soy profesora de literatura, escribir una nouvelle no me va a resultar nada difícil. *ex. ref. escribir xoi co,*

-Hola Gaby, ¿qué hacés?

-Estoy terminando una súper novela: 250 páginas.

-¿Y 250 páginas de qué?

-Es una historia de un pintor que pinta un cuadro mágico. No sé, tiene algo de Harry Potter. ¿Te acordás? Pero con sexo y tragedia.

-Ah sí... me acuerdo. Fue uno de los pocos libros que leí entero en la época en que no leía nada. ¡Qué bueno! ¿Y está buena?

-Se la mostré a mis alumnos de cuarto y les encantó.

-¡Genial! Entonces quiere decir que aún estás de onda.

-¿Qué onda?

-No sé, con la juventud. Igual desde que nos conocimos siempre fuimos distintas. A vos siempre te gustaron los chicos en forma de masa. La juventud... los gatos... los animales, el ser humano en general... ah... pero no, no... ¿era al revés? Creo que la visión de masa y las ideas de la revolución eran las mías, y vos eras la que ponías la atención en los particulares... Y mirá, con el tiempo, lo máximo que hice fue un manifiesto revolucionario que lo leyeron las 48.150 personas que compraron "Ceci y Fer". La memoria me falla, bah... siempre me falló... *7*

-No te hagas más la vieja, ¿puede ser? ¿Te cabe o no salir con este chico?

-¿Y si quiere cogermé qué le digo?

-Nada, probá. Dejate llevar... como siempre lo hiciste.

-Tal cual, lo hice hace 37 años. Ahora me muero de vergüenza de que se me vea la panza que tengo.

-Naaaa..., te digo que al chico le gustan las grandes. Aparte vos, Fer, tenés un humor...

-Negro.

-No. También hacés cagar de risa a todo el mundo.

-Y... ¿una chica? ¿No tendrá una amiguita?

-No creo, por la onda que tiene el mío. Pero si querés vamos a "De la otra vereda" y después yo salgo con mi chico.

-¿Todavía te gustan las chicas?

-Poco, más o menos. Los chicos creo que me hacen sentir viva.

-Ah... claro. Yo quiero sentirme muerta.

-¿No vas a cambiar más?

-No, no quiero. Mis dos gatos, yo y vos son mi familia y no sé si quiero ampliarla. Pero igual dale, vamos a "De la otra vereda", que creo que una ex colega del colegio va por ahí.

La última vez que fui a "De la otra vereda" se llamaba "XX" y antes "Gay-ya" y antes "Contramano". En este momento está totalmente renovada. Piso de goma, azulejos rosados en las paredes y una súper barra de mármol redonda sostenida apenas por unas diez columnas. Las chicas atienden en tetas y con minifaldas tipo tanga. Yo le pido a una de las top models que me de un destornillador y, destapando una lata fucsia, me lo da. ¡Qué glamour el de la mezcla de jarabes en el vaso! Por eso odio salir. Porque todo lo de antes siempre me parece mejor. Aunque la innovación de las chicas

desnudas me parece bastante interesante... Del otro lado de la barra veo a Carmen, mi ex colega del Colegio Encarnación con un grupo de amigotas. Yo me acerco y le digo a Gaby "gracias" y que vaya en busca de su experiencia infantoheterosexual que yo me quedo con las "chicas".

-Ok -me responde-. Te automarginás de la heterosexualidad. Al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo duró tu mayor relación gay?

-Tres meses. Julia, a los 29.

-Tenés cero grasa boluda, es sólo retención de líquido.

-Retención o no, me siento más segura con cuerpos parecidos al mío.

Y se va. Al fin. Ella siempre me enfrenta con la realidad de mi sexualidad indecisa. Yo soy un ser asexuado. La edad no tiene nada que ver, es verdad, y más en estos tiempos donde todo ha cambiado y las diferencias de números, en ciertos ambientes, ya es moneda corriente. Pero yo sigo con los mismos complejos de siempre. Cuando tenía 30 las de 21 me parecían re chiquitas. Y ni digo las de 17, casi bebés. Ya en aquellos años se venía perfilando mi cosa maternal de vieja solterona.

Carmen sigue siendo súper divina. Tiene 10 años menos que yo y nos llevábamos re bien cuando trabajaba en el colegio. Por la mirada me parece que sigue siendo la misma, una alegre y jovial mujer. Comenzamos a charlar acerca de todos estos años sin vernos. Ella se dedica a salir a bares y a juntarse con sus amigas del colegio. Ahora está haciendo una tesis en Ciencias Naturales acerca de las flores hermafroditas y su relación con las travestis. Mujeres que se hacen hombres. Su look es muy masculino. El mío femenino, como siempre. Eso sí, me sigo vistiendo re bien, con onda. Mis alumnos se ríen a mis espaldas o hacen algún comentario tipo "Profe... qué churra". Me joden con palabras que se piensan que se usaban en mi época de

adolescente. Tengo nivel teta cero que, con los años, se me fue profundizando, no sé por qué. Al revés de las predicciones que me hacía cuando era joven. Más joven. Con Carmen y sus amigas me siento re bien. No sé si la que está a su lado es su novia o si lo han sido, pero tienen un trato muy especial.

-¿Y qué es de vos Fernanda?

-¿Yo? Soy una vieja amargada.

-Eepa... ¿por qué?

-Vivo con dos gatos y me doy cuenta de que no he hecho demasiado por mí misma. Lo último que hice fue ir a AA y no llegar a los 90 días.

-Pero, ¿estás segura de que lo tuyo con el alcohol es tan grave?

-No, la verdad que no. Pero quería hacer algo para bajar la panza.

-¿Qué panza? -y me señala riendo la suya que era mucho mas grande.

-A vos te queda súper bien... es sensual. Vos sos linda. Cómo te vestís, así ...

De pronto me doy cuenta de que me la estoy súper piropeando delante de sus amigas y aún no sé si la que está a su lado es o no su pareja. Carmen me gusta. Es positiva y está conforme con su vida. Hace cosas. Lo de la tesis me impacta...

-Bueno... también estoy escribiendo un diario novela -le digo.

-Ah... te lo tenías guardado.

-Pero recién empiezo y no sé si le voy a poner un final. ¿cuál sería ese final? ¿Mi vida?

-¡No! Puede ser la llegada del amor. La publicación del texto. Que adoptes un niño...

-No, no me dejan adoptar porque no tengo una pareja

constituida y además no me gustan los niños.

–También podés inventar que tenés una pareja constituida....

–Pero no, no quiero inventar nada. Hoy se lo dije a Gaby. Mis gatos, ella y yo.

–Sí, la conozco a Gaby. Pero ella hace su vida...

–Sí, es como una hermana que viene de vez en cuando.

–Pero... tenés más hermanos, ¿no?

–Sí, tres más.

–Ah...

–Entonces tu familia es bastante grande...

Me pido otro destornillador y ella se pide con las amigas una botella de champán.

–¿Vos creés que las que atienden son tortas? –le pregunto.

–No sé, serán como vos... Vos nunca estuviste ni parecés estar muy definida.

–Tuve una etapa en que iba a una tanguería a ver si conseguía novio y el único que me dio bola fue un embajador muy sofisticado con el que nos dimos un beso y después se marchó a Canadá. Después de eso, gato, plantas, gimnasia, elongaciones, colegio y...

–“De la otra vereda”

–Sí, tenés razón. Pero vos sabés que no vengo nunca.

–Si, ya lo sé.

–¿Vos creés que del instituto éramos las únicas... tortas?

–No. Mabel y Sandra también. Lo dejaron y se pusieron de novias.

–Ahá... mirá vos el cole. Y tomando coraje pregunté

–¿Y vos, qué onda?

–Yo estoy sola. Corté hace tres semanas una relación de cinco años con una diputada.

–Ah... ¡una copada!

adolescente. Tengo nivel teta cero que, con los años, se me fue profundizando, no sé por qué. Al revés de las predicciones que me hacía cuando era joven. Más joven. Con Carmen y sus amigas me siento re bien. No sé si la que está a su lado es su novia o si lo han sido, pero tienen un trato muy especial.

-¿Y qué es de vos Fernanda?

-¿Yo? Soy una vieja amargada.

-Eepa... ¿por qué?

-Vivo con dos gatos y me doy cuenta de que no he hecho demasiado por mí misma. Lo último que hice fue ir a AA y no llegar a los 90 días.

-Pero, ¿estás segura de que lo tuyo con el alcohol es tan grave?

-No, la verdad que no. Pero quería hacer algo para bajar la panza.

-¿Qué panza? -y me señala riendo la suya que era mucho mas grande.

-A vos te queda súper bien... es sensual. Vos sos linda. Cómo te vestís, así ...

De pronto me doy cuenta de que me la estoy súper piropeando delante de sus amigas y aún no sé si la que está a su lado es o no su pareja. Carmen me gusta. Es positiva y está conforme con su vida. Hace cosas. Lo de la tesis me impacta...

-Bueno... también estoy escribiendo un diario novela -le digo.

-Ah.... te lo tenías guardado.

-Pero recién empiezo y no sé si le voy a poner un final. ¿cuál sería ese final? ¿Mi vida?

-¡No! Puede ser la llegada del amor. La publicación del texto. Que adoptes un niño...

-No, no me dejan adoptar porque no tengo una pareja

constituida y además no me gustan los niños.

–También podés inventar que tenés una pareja constituida....

–Pero no, no quiero inventar nada. Hoy se lo dije a Gaby. Mis gatos, ella y yo.

–Sí, la conozco a Gaby. Pero ella hace su vida...

–Sí, es como una hermana que viene de vez en cuando.

–Pero... tenés más hermanos, ¿no?

–Sí, tres más.

–Ah...

–Entonces tu familia es bastante grande...

Me pido otro destornillador y ella se pide con las amigas una botella de champán.

–¿Vos creés que las que atienden son tortas? –le pregunto.

–No sé, serán como vos... Vos nunca estuviste ni parecés estar muy definida.

–Tuve una etapa en que iba a una tanguería a ver si conseguía novio y el único que me dio bola fue un embajador muy sofisticado con el que nos dimos un beso y después se marchó a Canadá. Después de eso, gato, plantas, gimnasia, elongaciones, colegio y...

–“De la otra vereda”

–Sí, tenés razón. Pero vos sabés que no vengo nunca.

–Si, ya lo sé.

–¿Vos creés que del instituto éramos las únicas... tortas?

–No. Mabel y Sandra también. Lo dejaron y se pusieron de novias.

–Ahá... mirá vos el cole. Y tomando coraje pregunté

–¿Y vos, qué onda?

–Yo estoy sola. Corté hace tres semanas una relación de cinco años con una diputada.

–Ah... ¡una copada!

-Sí, re inteligente. De la Izquierda Unida. Tiene muchos principios morales. A pesar de que lo nuestro terminó, aún la respeto un montón. La relación se fue desgastando y... fin.

-¿Era más grande que vos?

-No, tenía 35 y es re linda.

-Ah... ¡qué bueno!

En ese momento me sentí absolutamente fuera de carrera con ella. Había salido con una Top. Yo, que sólo había mirado el cacerolazo del 2001 desde la puerta de mi casa... Y lo oí otra vez en mi patiecito, mientras cogía con un desconocido. Después de eso no milité en nada. Pero, ¿por qué tenemos que ser todos héroes? Aparte, con la corrupción que hay en el Congreso, que todos se duermen, que todas las alianzas son hechas de antemano, ¡qué son los estafadores del pueblo!

-Yo soy anarquista -y le muestro mi tatuaje con la A.

-¿En serio?, yo también. ¿Y qué hacés por esto?

-Me levanto todos los días a las 8, me tomo diez vasos de agua fría. Desayuno mate con dos o tres bizcochos y hago unas elongaciones contra la pared. Apoyo mis manos contra la ya citada y bajo mi espalda en forma de tabla. Y después me voy al colegio a dar la menor cantidad de órdenes posibles.

-Vos fuiste famosa en una época.

-¿Cuándo?

-Con la revista que editabas.

-Por favor, no hablemos del pasado.

-¿Por qué no?

-Porque me pongo a llorar. Yo quería ser bailarina y cantar en un grupo de cumbia.

-Dale... todo eso era una pose.

-¿Te parece?

¡ -Sí, tus amigos. El hip hop que ya se escuchaba en el

resto del mundo hacía años... y acá lo trajeron como una novedad. Y vos también te la comías. Primero la música de Colonia, después Gigoló Records, Hell, Romina... y después cumbia villera y hip hop.

-Pero, ¿cómo sabías tanto de mí?

-Yo iba a bailar a Morocco. Yo fui a Bum Bum. Yo fui a esa tienda que tenías...

-Lo mío era sincero. Gilda, Rodrigo, La Mona... Yo, mi deseo era eso. Bueno, también por todo lo que hubo de careteada en mi pasado, no hablemos de él. ¿Querés bailar este lento?

-Dale...

Y vamos a la pista que está a un lado de la barra. Hay chicas de todas las edades. A mi ojo, entre 17 y 65. Yo debo ser una de las más grandes, aunque no los luzca. Pero hay sólo chicas con zapatos, porque está prohibido entrar con zapatillas. Después del lento nos sentamos en una de las cabinas triangulares dedicadas a tríos. Pero nosotras somos dos. Las amigas de Carmen se van y quedamos las dos solitas. Solotoras. Sentadas en la mesa nos ponemos a charlar de mi novela.

-Recién está en pañales... -le digo.

-Pero dale, adelantate algo. Alguna escena.

-Mirá, creo que lo más emocionante que va a tener va a ser la visita a este lugar. Mi encuentro con vos y la visión de todas estas chicas en tetas. En 10 años no me pasó nada.

-¿Y cómo vas a poner lo de hoy?

-Ya estuve anotando algo mientras fuiste al baño. → *elipsis*

-A ver... → ↓

-“Cármén sigue siendo súper divina. Tiene 10 años menos que yo y cuando trabajaba en el colegio nos llevábamos re bien. Me parece, por la mirada, que sigue siendo la misma: una alegre y jovial mujer. Comenzamos a

citación del propio texto que se ve en paralelo a la acción.

charlar acerca de todos estos años sin vernos. Ella se dedica a salir a bares y a juntarse con sus amigas del colegio. Ahora está haciendo una tesis en Ciencias Naturales acerca de las flores hermafroditas y su relación con las travestis. Mujeres que se hacen hombres. Su look es muy masculino. Pantalón pinzado negro, zapatos negros y camisa abrochada blanca. El mío femenino, como siempre. Pollera por debajo de las rodillas para ocultar lo gruesas que están y una remera casual color flúo. *fad*

De repente Carmen me sale con una declaración inesperada para mí.

-Yo gusté de vos mientras trabajaba en el Colegio.

-...y yo no te daba ni bola....

-No.

-Pero... te juro que era timidez. Soy medio aparato.

-Pero si nunca lo fuiste. Siempre fuiste muy inteligente.

-Después de varios bochazos me fui volviendo muy insegura de mi imagen física.

-Pero... si sos re linda. Además no todo es lo corporal.

-¿Te parece? Gracias. Primer piropo que un ser me dice, a excepción de los que me dicen los chicos en el cole. Ah, no. Gaby también siempre me piropea. ¿Te acordás de Gaby?

-Sí, la conozco. El otro día la vi a Gaby con una pendeja.

-¿Qué? Hoy me juró que ya no salía más con chicas.

-Juró en falso...

-¿Pero estás segura? A ver... ¿de qué color tiene el pelo?

-Rojo.

-Sí, era. ¡Qué guacha! ¿Y la chica cuántos años tendría?

-36, 34. No sé, más o menos. Y te digo que no las vi sólo una vez.

-¿En qué bar?

-Acá.

-Es más, la chica es esa que está ahí.

-¿Cuál?

-La de camisa rosada medio abierta.

-¿La rubia?

-Sí, ¿te gusta?...

-Está buenísima... igual no es mi tipo.

-¿Ah, no? Pero qué carita pusiste, se te fruncieron todas las arrugas.

-Si casi no tengo...

-...

-...

-Sos divina. Así como sos.

*me adoro
inmensa*

Y me da un beso (esto lo juro y si no que me caiga el rayo que está pronosticado para mañana, el día del alerta meteorológico) tremendo, maravilloso, eterno. Pienso en mis dos gatos y los quiero. Pienso en la juventud y ya no me importa. Este beso es lo más. Jamás nadie lo hizo igual. O por lo menos mi senilidad no lo recuerda. Su boca es diferente, blanda, decidida. Mis labios en desuso se mueven como si fuera habitual en mí besar. Meto mi lengua en esa cavidad desconocida que es su boca, nuestras lenguas se enlazan como dos manos que se unen en un saludo fraterno. Ninguna suelta a la otra hasta que seguimos besándonos exteriormente. Ella finaliza este beso de película chupándome el cachete que, por mi edad, está un poco caído. Y me susurra al oído "Preciosa". Todo lo que me pasa parece tan cursi, pero el romance es así. Como los primeros besos, los primeros encuentros. La visión del ser amado que baja por la escalera. La entrada de la persona que esperamos por la puerta del bar. Las apariciones de la Virgen, de Dios. Aunque no sé si esto que me está pasando es amor o no, si es el comienzo o el final de una relación, o si es un beso casual de lástima hacia un ser al borde del apagón total.

pa de los mo

☞ Nos miramos con nuestras miradas profundas de haber visto mucho. Vuelvo a sentir que mi edad es maravillosa, que todos mis estúpidos complejos no habían hecho otra cosa que encerrarme en mi casa añorando aquellos años de juventud escandalosa, cuando tenía cuatro amantes a la vez. Cuando cogía todas las semanas con mis mejores amigos. En este momento sentía que el amor era otra cosa, un durazno dulce, de piel suave pero pero reverdeciente, duro y delicioso. Para ser cortado a cuchillo. No de esos jugosos que te manchaban la remera recién lavada; para ser compartido con tenedor o para ser entregado de a rodajitas en la boca del ser deseado. Un beso. Sólo es un beso... que me está dando vuelta el día.

Seguimos charlando, nos tocamos los zapatos por debajo de la mesa. Ella a veces sube hasta mi rodilla y yo me muero de vergüenza y estremecimiento, olvidando que las mesas tienen mantel. El asunto aparentemente sigue. Le cuento que Gaby siempre me quiere hacer salir y que es tan divina que, aunque desde los 40 le digo que no, ella sigue intentando entusiasmarme. Y que en este día fabuloso su empuje me llevó al milagro del amor, del encuentro. En fin... no importa la edad, nunca se sabe qué va a pasar...

Me doy cuenta de que estoy escribiendo "mi historia" como si les estuviera hablando a mis alumnos. En realidad, quiero dejarles este legado pedorro a mis chicos para desmitificar la imagen que ellos tienen de mí, de vieja chota, aburrida, pasada de moda, sin personalidad ni motivaciones para vivir. Angustiada, solterona, amargada. Melancólica y alcohólica. Fláccida (es verdad) y triste. Y que, a pesar de que casi todo esto es verdad, no es feo crecer. "Chicos, ahora sí que se van a divertir, la vieja tiene sus dotes sensuales".

Renacer y esperar que suene el teléfono

Hace tres días que no tengo noticias de Carmen. ¿Estará con el tema de la tesis o no? ¿Querrá...? Bueno, hipótesis, hipótesis, pero si voy a pensar la peor, pienso en la di-puta-da. Tal vez... bueno, es sólo que no me llama. Tengo su teléfono pero ella me dijo que me llamaría y yo no tengo nada que contarle, más que invitarla a salir, y a eso no me animo. Aparte no conozco otro lugar que el que fuimos. En el teatro La Piedad hay un homenaje a Sandra y Marilina. Me acuerdo cuando las fui a ver. Mi compañera de butaca, que tenía 18, le entregó a Sandra una de las millones de cartitas que le debían entregar por show sus millones de fans. Ella nunca fue mi tipo. No me gustaban las camisas de bambula ni los jeans ajustados y pintados en la parte de las pantorrillas. ¿Le gustarán a Carmen los temas de Sandra y Marilina?

Esperar que suene el teléfono

Voy al Colegio y le pido a los chicos que escriban una novela de una página acerca de un amor no correspondido o de una historia donde a un personaje no lo llama a otro. Todos se quejan.

- ¡Eh... es muy largo!
- Bueno, puede ser de media página.
- No se nos ocurre nada profe.
- Escriban algo -les digo.
- A mí nunca nadie me dijo que me iba a llamar.
- Chicos, es ficción. Por ejemplo, imagínense que a mí alguien me tuviera que llamar. Escriban cómo me sentiría,

qué cosas haría en mi casa, si pensaría yo en llamar, si pensaría en el colegio en la persona llamante. Si fumaría más o menos. Pónganse en la piel de otro ser. Digo de mí porque es algo imposible y por ahí los inspira.

–¡Ya se me ocurrió algo!

–¡Muy bien Felipe!

–Que me tienen que llamar porque me anoté en un concurso.

–Excelente. Esa es la idea. Yo voy al baño y vuelvo.

Voy al baño de profesoras y me fumo un pucho sin que nadie me vea. Como cuando era una pendeja, con culpa. Una mujer a mi edad no debería fumar pero estoy desesperada de los nervios. Voy al teléfono público y controlo los mensajes. Tengo uno de Gaby que me dice “Hola Feeeer... me contaron que estás en una historia. Llamame”. ¿Quién le pudo haber contado? Estoy re caliente porque Carmen no me llamó. También son las 8:30 de la mañana y la maldita retirada debe estar durmiendo. Digo maldita con cariño. Vuelvo al curso y están todos charlando como siempre. No me enoja.

–Y chicos... ¿escribieron algo?

–Más o menos –responde uno.

–Bueno, termínenlo para el miércoles, así los califico. Es prueba.

–Eh, eh... no, profe. No sea gua... no. Pare. Es re difícil.

–Prueba y punto. Terminó la clase.

La termino diez minutos antes y los chicos se quedan haciendo los ejercicios para otras materias donde los profesores son mucho mas exigentes. Salgo por el portón del colegio. No saludo a las demás profesoras que almuerzan sandwiches y viandas en la sala de profesores. Yo nunca como allí. Siempre salgo a algún bar. Me deprime la cosa de

sanatorio, o mejor dicho de loquero, que es la situación de la sala de profesores. Algunas se pintan las uñas. Nada ha cambiado. Se repite el mismo patrón de cuando era chica. Todavía no se inventó nada nuevo que supere al Tupperware.

Llego a casa más temprano porque es lunes y los lunes salgo mas temprano, a las 3. Me sirvo el whisky como si fueran las 20. Lo tomo y el primer trago me golpea fuerte en la sien. El segundo en la nuca y en el tercero me siento muy placentera. Tocan el timbre de la puerta de entrada y pregunto por el portero, medio en pedo. ¿Quién es?, y nadie responde. Vuelven a tocar y vuelvo a preguntar, y respondo: conteste o lo mando a cagar. No contesta. Pelotudo, contestá o te arranco los pelos. De repente suena el timbre de arriba y pregunto, ¿quién es? Hola, hola. Miro por el visor angular de la puerta y no se ve nada. O está escondido al costado de la puerta o es muy bajito. Mirando, fantaseo que es un bebé en un canasto o en una caja de cartón, y que con Carmen lo podríamos cuidar. Después pienso que es Carmen y que todo esto es una sorpresa maravillosa. Que me deja un ramo de flores con una tarjeta diciendo, "veámonos querida". ¡Qué dulce! ¡Qué lindo! Vuelvo a mi whisky y me acuesto en mi super sillón. Lo compré hace 6 años y se mueve todo a control remoto. Tiene apoya vasos, latas y debajo lo más: heladerita. Lo compré usado, es modelo 2020. Prendo la tele para distraer mi cabeza del silencio que impera en la casa gracias al teléfono que no suena. Carmen es la culpable. Miro el noticiero y vuelve a sonar el timbre de arriba. Tambaleándome me apoyo en la puerta y miro por el visor. No hay nadie. Qué raro. Esto es muy extraño. ¿Quién querrá joder a una vieja como yo a esta hora? De repente, se me ocurre abrir la puerta, pero dejo puesta la cadenita de seguridad. Cuando la abro, veo una caja negra en el piso. Intento traerla hacia mí con el palo largo del secador de piso porque no me animo a salir afuera y estoy

llena de curiosidad. Asomo apenas la cabeza y no veo nada. Se apaga la lucecita de protección de los pasillos. Con la luz que sale de mi depto no pierdo de vista la caja. Si alguien la deja tan lejos es para que yo salga y pienso "me quieren asaltar". No pienso en violación. Cierro la puerta de un golpe y pienso que tal vez sea para la del depto de al lado. Pero, ¿por qué me tocaron a mí? Ambas puertas están muy cerca. Pudo haber sido una equivocación. Llamo a Vanesa, la vecina, y no está. Con esta intriga no podré dormir. Por veinte minutos me olvido de Carmen. Ahora pienso en la caja negra. Me vuelvo a sentar en mi sillón y me sirvo una doble ración con hielo. Sigo mirando el noticiero hasta que me quedo dormida. A las 7:45 suena el despertador, y lo primero que hago es arrastrarme hasta la puerta y abrirla sin pensar. La caja no está, seguro que el portero se la llevó cuando lavó el piso. Hoy no tengo tiempo de hacer mis elongaciones pero sí me tomo medio litro de agua y las tostadas. Al salir le pregunto al portero si vio una caja negra en la puerta de mi casa y me dice que no. Toco el décimo 54, el timbre de Vanesa, y me atiende. Le pregunto si vio una caja negra en nuestro palier y me dice que sí. Que era un regalo de su novio para ella.

Voy al colegio más amargada que nunca. ¿Desde cuándo la vieja chota de Vanesa tiene novio? ¿Qué le habrá regalado? Por la caja y por su gusto, algún arreglo de cristal de roca para poner en el centro de la mesa o un sombrero, o un ramillete de flores.

Hoy me toca primero, segundo y quinto. Y cuarto y sexto en el turno tarde. Hoy salgo tarde, casi al anoecer. Hace frío. Comienza el invierno y (recuerdo) cuando en el local no tenía calefacción. ¡Qué horror! El frío que pasé, y que hice pasar a mis empleados. Pienso en Cecilia, mi ex re ex socia. Ella también pasó frío, pero yo más años. Creo que en esa época fue cuando me jodí la espalda... Ahora Cecilia

es una súper poeta e intelectual, que sale de gira por el mundo para firmar sus libros y dar seminarios sobre poesía autorreferencial. La influencia del punk concreto-conceptual alemán mezclado con el hip-hop y la música electrónica. Y la Literatura Queer.

Vuelvo nuevamente a casa; hoy no escuché los mensajes desde el público. Aguanté por cábala. Pensé todo el día, “Bueno no importa...yo estoy bien así, para qué complicarme”. Camino y miro el cielo que hace tanto que no lo miraba. Qué lindo es. Es como que me abre el pecho y me desfrunce las cejas y me convierte en un bebé. Aún me siento un bebé. Por las noches, a veces me duermo y digo, “Mamá, mamá, mamá...” Y me quedo recordándola. Hay algunas nubecitas y me envuelvo en el tapado marrón que uso casi todos los días. Ya el frío no me afecta tanto porque hace años que entré en la menopausia. Por un lado crecer es más cómodo. Menos frío y menos toallitas. El cielo se vuelve fucsia y beige hacia el lado de mi casa. Mi departamento, mi refugio, mi celdilla rodeada de cientos de celdillas iguales a las mías, con gente que espera llamados y llora por la noche o es feliz (eso lo dudo). Mis dos gatos cagones que son más viejos que yo.

Llego y cumplo el rito de siempre. Me siento en el sillón y hoy no prendo la tele. La novela de las 20 ya me tiene podrida. Miro el teléfono y la luz de los mensajes titila de a tres. Tengo tres mensajes. Un milagro. Ya me alegra la sola posibilidad de que alguno de ellos sea de Carmen. Aviva la llama por extinguirse que soy. Igual si no llamó la llamaré yo y correré el riesgo de ser rechazada. Tengo que poder soportarlo. Me levanto y apreto play:

–Hola Feeeer... soy Gaby, estoy medio triste, ¿me llamás?

–Hola Fernanda –ruido y se corta.

–Hola Fernanda, soy Carmen –ruido– estuve buscando tu teléfono y no lo encontraba. Llamame a mi unidad móvil 845606293678, o dejame un mensaje. ¿Cómo estás? Yo estoy bien y pensé que este viernes podríamos salir a tomar algo. No sé, si te parece. ¿Por qué no me llamaste? Bueno, te mando un beso y nos vemos. La llamo a Gaby y me da ocupado. Doy vueltas y después de anotar el UM de Carmen la llamo.

–¿Hola?

–Hola, sí.

–¿Estaría Carmen?

–Sí, soy yo, ¿quién habla?

–Soy yo, Fernanda.

–Ah... hola. No me llamaste. ¿No habíamos quedado en que me llamabas?

–No, yo pensé que vos me ibas a llamar. Por eso...

–¿Qué?

–Esperé.

–Y no tuviste que esperar mucho.

–Y... más o menos. Para mí fue mucho. Igual si hoy no me llamabas te iba a llamar yo.

–Ah...

–Sí, te lo juro.

–Bueno... ¿y qué hacemos?

–Pensé que podríamos encontrarnos mañana. ¿Abre ese bar?

–Sí, creo que sí. Si querés yo llamo y te aviso. Me parece bien mañana. El viernes es más formal.

–Puede ser. Más tipo salida. ¿Y la diputada?

–Nos vimos ayer. ¿Adivinaste? ¿O por qué preguntás?

–(Yo muerta de celos) Pensé que por ahí se arreglaban...

–Nunca voy a dejar de quererla pero lo nuestro ya fue.

Ese “Nunca voy a dejar de quererla pero lo nuestro ya

fue” es algo que me queda picando en la cabeza. Ella debe dejar de quererla para quererme a mí. Sólo a mí. No aguanto las relaciones que terminan en amistad cercana del tipo: “Te cuento que estoy saliendo con una mina re copada de 65”. “Ah, qué bueno. Vos siempre quisiste la protección de alguien mayor”. “Sí, tenés razón. Siempre la tenés, como cuando propusiste que nos separemos. Fue algo bueno. Realmente sano y próspero”. Odio ese tipo de final. Yo he acabado pocas veces y aunque no llegaba a ese extremo, terminaba como amigos-colegas lejanos. Y en toda relación donde las cosas terminan bien cenizas quedan, como dice el dicho.

–Ah... qué bueno. Vos debés ser una tipa muy buena y sabia.

–Mas o menos. No todo son rosas en el camino del amor.

–¿A qué te referís?

–Bueno... también me dejó por otra. Eso no te lo había contado.

–Pero entonces... ¿no la odiás?

–No.

–¿Cómo?

–Voy a terapia de grupos cognitivo-conductual. Hago yoga. Y tengo un sanador.

Trago un poco de whisky y pienso, ¿qué puedo hacer yo con alguien tan perfecto?

–...Copado! –digo– Yo no voy a nada. Debería, ¿no?

–Yo te veo muy aplomada.

–¿Gorda?

–No. Segura. Hasta segura de tu propia inseguridad.

–¿Pero hace 30 años que estoy sola!

–El buen amor es... algo muy raro y especial.

–Sí. Pero mientras tanto. Yo ya perdí hasta el tren de la

paja)

-Podés recuperarlo... o también podés tener sexo.
-¿Qué significa esa palabra?
-Coger.
-No. Si soy una momia. Tengo artritis, lumbago, arteriosclerosis, mal de párkinson.
-Andá...
-Sí.
-El otro día estabas bárbara.
-...
-Cuando nos besamos.
-...
-El otro día me parece como hace tanto, tanto tiempo.
-Pero bueno, nos vemos mañana. No pongamos expectativas. En un ratito te llamo y te digo si abre o no el bar.
-Ok.

¿No pongas expectativas? Mi cielo, estoy loca por vos. No puedo parar de pensar en tu carne, tu sutileza. Tus tetas con corpiño. Tal vez sí puedo hacerme la paja. ¿Por qué no probar? Me siento arriba de tres almohadones y me incrusto un cuarto en la vagina. Y empiezo a moverme. Pienso en sus besos, en su cintura. En sus suaves manos. Me la imagino tocándome las tetas sin pensar que las mías son casi nada. Me imagino que tengo unas tetas inmensas y me caliento. ¿A esta altura podré ponerme siliconas? Por qué no. Sigo sarandeándome. Para adelante y para atrás. Veo sus ojos brillantes y empiezo a gritar "Sí, sí...divina...ahh...ahh" Me imagino su culo con una hermosa bombacha negra y que de repente se la saca. Y la veo toda desnuda. Un cuerpazo. Me distraigo imaginándome porciones de su cuerpo. Axilas, frente, nuca, pantorrillas, pies. Reconecto directo en sus tetas. Pienso "Que no llame justo ahora, que me de tiempo" y sigo. Ahora me excito con mi propio cuerpo. Me imagino que soy una bailarina profesional de una disco porno y ahí no doy más y caigo rendida de cansancio.

Me paro y voy en busca de mi whisky. ¿Qué le pasa a ésta que no llama? Y suena el teléfono.

-Hola.

-Hola.

-¿Qué hacías?

-Nada

-Bueno, ya averigüé y mañana va a estar abierto.

-Ah... buenísimo -digo agitada.

-¿Te paso a buscar? Tengo coche.

-Ah... bueno.

-¿Te pasa algo?

-Nada malo. Estoy un poco acalorada.

-Mañana te llevo un regalo que tengo para vos.

-¿Qué es?

-Surprise...

-Bueno...yo también tendré algo para vos.

-¿Te gusta la salsa?

-Sí. En realidad más o menos. Antes no me gustaba.

Tendría que volver a escuchar.

-¿Y qué escuchás ahora?

-La radio.

-Para mantenerte actualizada.

-Más o menos. Escucho AM.

-Yo soy romántica y me quedé en el 2010.

-¡Qué bueno! ¿Mañana a qué hora?

-21:00

-Perfecto.

-Voy después de mi clase de yoga, así que al principio voy a estar un poco callada.

-No hay problema. Yo también. O por ahí me agarra y te cuento todo lo que hice en el día.

-Me encantaría.

-Ah ..

-¿Qué?

-Nadie valora lo poco que hago en mi día.

Es un ángel, demasiado para mí, pienso. En 10 minutos se va a dar cuenta de que soy un fiasco. Que en verdad tengo artritis, lumbago, arteriosclerosis, mal de párkinson, y se va a ir corriendo, andando en su coche. Y yo quedaré sola en el medio de la pista, rodeada de bailarinas en tetas que sólo me seducen para que tome tragos. Y lo lograrán porque aparte de tener todos esos padecimientos soy alcohólica. Tengo que reiniciar mis sesiones de AA. Se me ocurre revisar entre mis cds que tengo hace años guardados en una caja y desempolvar el Aiwa. ¿Andará todavía? Los parlantes no funcionan así que conecto el equipo a unos parlantitos portátiles viejos de la misma época y pongo New York Dolls. Después Goldenen Zitronen. Un poco de punk ruidoso para prepararme para el encuentro de mañana y estar un poco más lúcida. Me despabilo. Sigue sonando moderno aunque no tengo ni idea de qué es lo moderno ahora. No les puedo pedir asesoramiento musical a los pendejos del colegio porque escuchan basura comercial y a mí siempre me gustó lo sofisticado que me pasaban mis amigos. ¿Cómo puedo ponerme en onda? Dentro mío se está despertando algo. Como ese durazno que de podrido reverdece. ¿Dónde estarán ahora los modernos? ¿En los monoblocks de los drogadictos? Voy a averiguarlo. A Pablo no lo veo hace años. Tal vez los chicos que salen con Gabriela. Pasado mañana me voy a comprar un equipo de música.

Voy al cole y es la prueba de los de cuarto. Ya no me importa lo que hayan escrito sobre los llamados telefónicos porque ya me llamó. Promedio de notas 8,50. La verdad es que a los chicos se les ocurrieron cosas bastante piolas. No soy tan mala profesora. Aparte no quiero bochar a ninguno. Me dan

lástima. Tan chiquitos y tontos. Con granos, feos. Las chicas estúpidas y con esa ilusión de que la belleza y la juventud lo son todo. Tienen tanto camino por andar. Un camino de piedras, de asfalto caliente donde se les pegarán desde los tacos hasta las zapatillas. Caminar no es cosa fácil mis pequeños angelitos, pensé. Es horrible. Dentro de unos años van a querer gatear. No lo pensé con envidia. Eso es para mí la verdad, mi verdad. Yo siempre fui infeliz. En el sentido de tarada y sometida, y también de persona carente de felicidad.

A las 20 llego a casa y a las 21:30 pasa Carmen. Me pruebo de todo. La mitad de la ropa que me pruebo la descarto porque no me entra. Maldita cadera. Al final me decido por un vestido color caramelo que me regalaron los egresados del año pasado para fin de año en agradecimiento porque aprobé a todos. Es moderno, tiene un cuello tipo bote y a la altura de la cadera un triple cinto con tachas plateadas. Me lo pruebo sin el cinto y parezco una ballena. Vuelvo al cinto y apenas llego a ajustarlo en el último agujerito. Abajo es semipantalón. Es raro pero entre todas esas vueltas se disimula bastante mi silueta. Una vez cambiada, como siempre, empiezo con la depilación. Agarro la pincita y le doy con todo. La depilación definitiva que me hice a los treinta perdió su efecto o tal vez si no me la hubiera hecho ahora tendría barba y me tendría que ocultar de las miradas de los demás. La mujer barbuda que sólo lee y no sale a la calle. Bueno, termino con la depilación del bozo y sigo con las cejas que a veces pierden su forma, como para guiarlas. Me maquillo suave: una base beige, un poco de rímel marrón y un toque de rouge marrón claro. Me miro y no me gusto pero sé que me veo mejor que si no me hubiera hecho nada. Me sirvo un poco de whisky y me siento a esperar en la oscuridad. Parezco un muerto. Prendo

la luz y el ambiente y los leves colores que me puse en la cara se encienden.

21:10 tocan el timbre y es ella. Llegó temprano. Tomo un trago de alcohol y le digo por el portero que ya bajo. Me lavo los dientes y me miro en el espejo repitiendo tres veces: Estoy linda, estoy linda, estoy linda. Apago las luces y la espío por la ventana. Ella tiene un Xixu importado y eso me desanima un poco. ¿De dónde habrá sacado tanta guita la guacha? ¿Será la división de bienes con la diputada? Ella me contó que se habían casado con papeles y todo. Tenían un departamento en la Avenida Libertador. Pero creo que ése se lo quedó la otra. Me pongo colonia y salgo para adelante deseando buscar guerra y sentirme decidida.

–Hola.

–¿Qué hacés? –me dice bajando automáticamente la ventanilla.

–Bien, bien. Tuve un buen día. Me siento raramente bien.

–¡Qué bueno!

–Ayer escuché unas antigüedades que siguen pareciéndome bastante buenas y me hizo bien.

–¿Qué escuchaste?

–Punk

–¿Sex Pistols?

–New York Dolls y después Goldenen Zitronen.

–Ah... ni idea. Yo escuché Lloten girls.

–Ah... no, ni idea tampoco.

–Es un grupo de punk rosa. Gay. De los 20:23 más o menos. Cuatro chicas que cantaban y un tecladista o no sé, con una máquina.

–Pasado mañana quiero comprarme un equipo nuevo porque no tengo y así me grabás en minibisp esa banda.

–¿Querés que te acompañe a comprarlo?

–Me encantaría. Aparte yo no tengo coche. Comentario a colación: qué buen auto tenés.

–Sí, es bastante nuevo. Solar. Los a hidrógeno no me rinden.

Arranca y el Xixu es súper suave, se desliza como una mantarraya. Es bajito y vamos casi al ras del piso. Ella maneja despacito. Llegamos al bar y estacionamos en el sector vip de los coches, donde hay seguridad.

–Lo pongo en este sector porque todos los días sale en el diario un listado de miles de autos que se roban por día. “Xixu azul busca a su amo. Mis papis pagarán recompensa si me llevás con ellos” y el teléfono. Una vez que te lo roban es muy difícil volver a comprarte otro. Sobre todo a alguien de middle class como yo –comenta Carmen.

Bueh... middle class. Entramos al bar y todo está como el otro día. Pero esta vez puedo prestar mas atención a los pequeños grandes detalles. La otra vez las chicas en tetas y toda la situación con Carmen hicieron que perdiera la sutileza. Como la música que es electrónica y bastante compleja. Es como un látigo. Zas, tun, tun. Zas. Tampoco me había dado cuenta de que detrás de una de las paredes había camas y cubículos para recostarse. ¿Quedará muy desubicado decirle a Carmen de ir a espiar? O tal vez si vamos... pase algo. Le digo a Carmen que voy al baño y aprovecho para asomarme. Hay de todo, sobre todo muchas chicas travestidas que una puede alquilar para hacer el amor.

Sigo de largo y voy al baño. Los inodoros están separados por vidrios biselados con palomas y faisanes con colas que me hacen pensar en los fileteados de cuando existían aún los colectivos. Dos chicas apretan en uno de ellos. Yo me meto en el de al lado, las paredes son de vidrio. Ellas exageran todos sus movimientos para que las que estamos a los costados las miremos. Yo miro. Observo sin

hacer pis y me doy cuenta de que otra chica me mira a mí. Mira mi culo caído. Yo la miro y corre su mirada hacia otro lado. Sigo mirando a las chiquillas que se meten hasta el brazo. Una de ellas gime de placer. Yo la escucho y me siento llena de excitación y de envidia. Primero disfruto y luego las odio porque son tan jóvenes y tan exitosas en su exhibicionismo. La del otro lado me golpea el vidrio mientras yo me subo la bombacha. Le digo, ¿yo? –señalándome a mí misma. Y ella asiente con la cabeza. Me asomo y ella también se asoma y me dice,

–¿Tenés papel?

–... ¿Higiénico?

–No, cocaína.

Yo le digo que no y antes de salir del baño me miro de reojo al espejo. Entre rostros de chicas redivinas que se miran también veo mi cara y me digo: estoy linda, estoy linda, estoy linda. Salgo y vuelvo a mirar el sector de las camas. Hay una libre y un dragking fumando junto a ella. Es hermoso, lampiño, de ojazos celestes. Usa una camisa escocesa sin mangas y tiene muchos músculos. Debe entrenar mucho para tener ese cuerpo tan fornido. En la cama hay tirado un consolador rarísimo. Yo me quedo unos segundos petrificada mirando esa belleza hasta que me mira y con la cabeza me invita a acercarme. Yo le hago no con la cabeza pero por un momento mi cuerpo se inclina solo hacia él, deseándolo. Hasta que tímida sigo mi camino para reencontrarme con Carmen.

Carmen ya pidió bebida. Cuando me acerco le pido a la camarera una caipirinha. Carmen me pregunta por qué tardé tanto y yo le cuento todo menos lo del dragking.

–¿Viste? Este lugar está buenísimo. ¿Viste atrás de las paredes?

–Sí, algo vi –le contesto.

-Si se ve todo. ¿Estaba lleno?
-Casi...
-¿No te animás a ir un rato? Yo te espero. Tomate la caipirinha y andá.
-No, no quiero. Todavía no me animo. Te ve todo el mundo.
-No necesitás sacarte la ropa. Ellos jamás se la sacan.
-Mmmm...
-Está bueno. Yo probé dos o tres veces y estuvo buenísimo. También los podés llevar a tu casa y te cobran un poco más caro. Pero podés charlar y tener más tiempo.
-La verdad es que vi a uno que me gustó.
-No me lo habías contado...
-No. Me dio vergüenza.
-Yo soy una mina curtida, aunque parezca tan formal.
-Vos... ¿te drogás?
-A veces.
-¿Con qué?
-Cocaína, Ztt, Huo...
-¿Porro?
-Ya casi no hay. Hasta a veces me inyecto Cristal.
-...
-Pero de vez en cuando. No soy adicta. Tomo más de lo que me drogo.
-Una chica en el baño me pidió cocaína.
-Y no tenías. Queda re bien convidar. La próxima yo te doy así compartís el hermoso momento de inhalar. ¿Era linda la chica?
-Si. Rellenita y muy joven.
-Pedir drogas es como pedir sexo.
-Qué complicados los códigos, igual con vos me estoy poniendo en onda.
-¿Y? ¿Querés ir con el Drag?

-No, hoy no. Pero tal vez lo invite a mi casa. ¿Cuántos años tendrá?

-Reales 25, pero de mente muchos más.

-Hoy no tengo ganas de bailar. ¿Vos?

-Yo tampoco. ¿Querés drogarte conmigo?

-No sé, ¿y si me cae mal?

-Yo te contengo, pero no te va a pasar nada. Podés optar por algo suave. Sweet Sabana. Pero yo te recomiendo Cristal.

-¿Y si vamos a mi casa?

-No, dale. Vení a la mía. Me encantaría llevarte a la mía porque por las dudas tengo una sorpresa.

-En la mía tengo un vino barato pero también un buen whisky.

-Vamos a la mía, please.

-Bueno... dale.

En el auto vamos en silencio. Yo mirando las autopistas, las motos libres de humo que van a mil. Yo soñando con la libertad, y eso que en este momento soy libre. Con el alcohol, con una mujer inquietante y madura. Lejos de dejar la vida por cualquier angustia. Ella va despacito como siempre de ese día. Agarramos Salguero y de repente aparecemos por Av. Mayor rodeada de árboles florecientes. Ella me pregunta si necesito algo. Yo le digo que no, que estoy muy bien. Bajamos por un túnel y estaciona el auto en la plaza número 99. Mi número de la suerte. Creo que es el número de la suerte de cualquiera. 99 antes de 100. ¡Qué hermoso! Subimos por un ascensor que nos lleva rápidamente hasta el piso 48 y allí nos bajamos. La casa es hermosa, con cuadros viejos de artistas que alguna vez fueron mis amigos y obras de artistas contemporáneos. Gloria Vana, Azul Kristiansen, Anelo Pruger. Obras hermosísimas y de un gusto súper sofisticado y atrevido. Algunos cuadros se mueven y te preguntan cosas como “¿Cuál es tu flor preferida?” o “Si

tuvieras que elegirte un nombre nuevo, ¿cuál te pondrías?”. Me encanta su casa. Tiene una barra de acrílico rosado con botellas que cuelgan como campanas y copas de cristal genuino que hacen ruido. Sentate, dice y me señala un sofá beige muy cómodo. De repente abre con un botón las persianas y amanece una ciudad en ruinas pero que en la noche parece Los Angeles. Se confunden las lucecitas de las villas con la de los barrios más caros. Ella vive en frente del MAM, frente de las vías de lo que alguna vez fue un ferrocarril. Desde las ventanas se ve el río más claro que el cielo africano. Abre su mansión hacia los balcones y entra una brisa véntica muy placentera. Me siento bien. Como tengo vértigo no me asomo al balcón pero puedo disfrutar igual y mi miedo es casi místico. Dios en las alturas y yo un ángel que no puede volar.

–¿Querés Cristal?

–¿Qué es exactamente eso?

–Es una nueva forma de heroína pero muy suave y casi no te hace adicta. Te la tenés que inyectar. Si no te animás te la pongo yo.

–Bueno... es... no me dejes si pierdo la cabeza

–No, yo te cuido. La vas a perder pero yo te cuido. Aparte vas a ver que es re lindo y me encantaría hacer el amor con vos en ese estado. No te anula sexualmente, es más: la llaman la droga del amor cristal. Frágil. Y es muy lésbico.

–Bueno. ¿Tengo que cerrar los ojos?

–Si querés...

Me siento como un bebé, como una niña dejándose llevar por la experiencia de una persona mayor y me gusta esa sensación. Me recuesto sobre el sillón y ella abre una carterita de hule negra donde tiene todo. Elásticos, jeringas, frasquitos con etiquetas blancas. Como en las películas de cuando era adolescente y no me dejaban entrar al cine porque era menor

y yo me metía con el documento de mi hermana. Cierro los ojos hasta que siento un ardor en mi antebrazo y me empiezo a marear. Carmen tiene que sostenerme porque mi inmenso cuerpo comienza a tener o un espasmo o un ataque de furia. Abro los ojos y me levanto violentamente comenzando a caminar por la casa hecha un zombie que mueve los brazos hacia adelante y hacia atrás. Ella comienza a inyectarse Cristal y queda como una reina sentada en el sillón con los ojos cerrados y las piernas abiertas diciéndome hola. Nos pegó distinto. De pronto se levanta para detenerme y yo la agarro del cuello para matarla, o al menos para ahorcarla un rato. Le dejo la marca de mis dedos en el cuello que parecen chupones. Ella me pega una cachetada fuerte y me empuja al sillón. Yo me desvanezco y casi me quedo dormida. Ella tiene mejores proyectos para la noche que tener a un ser decadente babeándose en su sillón importado. Luego de unos minutos de acomodamiento del estado, nos comenzamos a besar y a desvestir rápidamente pero como en cámara lenta, como en un film de David Lynch. Suave y profundamente. Me saco el vestido con muchos problemas. Tiro del triple cinturón para un lado y para el otro. Ella me ayuda pero yo la empujo hacia atrás y le digo que puedo sola. Después de un ratito ella me ayuda y cumplimos la misión. Me dejo la bombacha negra puesta que heredé de mi mamá. Ella se levanta y va hasta el cuarto. Vuelve en lo que para mí es un segundo y comienza a penetrarme, corriéndome la bombacha hacia un lado, suavemente, con un consolador con vaselina (creo) y yo empiezo a estremecerme entre los almohadones que tiene en el piso. La casa está preparada para todo. Donde caigo hay o un almohadón o una alfombra peluda. Intento besarla pero ella se resiste. Sigue metiéndome esa carne sintética tan real. Yo no acabo. Ella lo saca y comienza a besarme como la primera vez. Nos enlazamos como dos putas calientes. Yo estoy, gracias a

Cristal, salvaje llena de energía. No puedo acabar porque no puedo focalizar en mí. Ella es todo. De repente recuerdo al muchacho del bar y me caliento más y más y la pongo cabeza para abajo. Eso me calienta mucho. Soy como una contorsionista. Me mareo, me susurra. Le chupo la concha blanda y ella me la chupa también cuando cae de la parada de cabeza. Hace años que no me la miro pero la siento gigante. Como una factura con pelos llenos de canas. Ella se trepa a mi pelvis y acaba como una experta con gemidos y todo. Me encantás, me dice, y yo no le digo nada. Cristal me tiene muda. ¿Querés quedarte a dormir?, yo asiento. Ella de la mano me guía por un largo pasillo alfombrado hacia una habitación preciosa con vista al cielo, a la luna, a todo. Está pintada de color durazno. Cuarenta y pico de pisos abajo está lleno de gente pobre que vive en chozas de cartón y, a pesar de que hace muchos años que me resigné a no haber podido cambiar el mundo, siento un escalofrío. Pero esta no es mi casa, así que mi culpa se desvanece rápidamente al recordar mi departamento lleno de humedad. Mi casa cagada por los gatos, donde las plantas se me mueren sin explicación, donde soy tan infeliz y donde siento tanta culpa por no valorar que tengo una casa y que podría ser mucho más vieja.

A la mañana me despierta para ir al colegio con un desayuno en la cama preparado con mucho amor por su empleada doméstica. Domesticada también para ver a su patrona drogarse y acostarse con distintas mujeres todas las noches. No es la empleada ni el departamento que compartían con la diputada, pero se ve que la plata sobraba para las dos en la división de bienes. Seguro que la dipu era trucha. Una feminista corrompida por el contexto o tal vez una de esas que ya vienen corrompidas de familia. Yo me siento muy moralista por pensar todo esto. Igual la casa de

Carmen está bárbara, hayan conseguido la plata como la hayan conseguido. Carmen es un misterio. Y me asusta pensar en que cuando trabajaba en el colegio yo la veía como a una estúpida sin experiencias...

Llego al colegio 20' tarde. Los chicos ponen cara de orto cuando me ven entrar.

-¡Profesora!

-Hola chicos.

-¿Por qué no faltó?

-Porque si faltó me deprimó en mi casa sola.

-Hagamos poco hoy, ya que llegó tarde -me contestan.

-¿Qué le pasó? -dice otro tarado.

-Me quedé dormida.

-Mmmmm... tiene olor raro.

-¿Ah sí? -me hago la desentendida.

-¿Tuvo sexo?

-No.

-Pero no estuvo en su casa. Está muy maquillada.

-Salió con un hombre -risas en el fondo-.

-¿Con una mujer?

-Tienen razón en que hoy no vamos a hacer nada, aunque vamos a fingir que todos estamos haciendo algo, por ejemplo una prueba. Y cada uno escribe lo que quiere o habla bajito. Pero con respecto a lo de si dormí o no en mi casa, aunque no tengo por qué darles explicaciones les voy a decir, para acabar con el tema, que hoy dormí en casita y simplemente me maquillé porque tuve un lapsus de coquetería. Aunque... ¿estoy muy mal?

-Tiene ojeras, profe.

Termino el curso de las 10 de la mañana y todavía me quedan 6 cursos más. Todavía estoy drogada y tengo que hacer mucho esfuerzo para no quedarme dormida. No sé si

tendré fuerzas hoy para ir a comprar el equipo. A Carmen no quiero llamarla. La verdad es que la experiencia con ella fue bastante fuerte y sorprendente para mi edad. Casi me agarra un ataque al corazón y no tengo intenciones de usar bypasses. Al que tengo en mente es al de camisa escocesa. Por ahí vaya el viernes temprano con peluca para que nadie me reconozca, antes de que llegue Carmen, y lo invite a mi humilde casa. Aunque no creo que el tenga mucha plata tampoco. Pero antes tengo que comprar el equipo.

Salgo del cole y voy al híper de electromagnéticos en taxi. Voy al más grande que, aunque me queda lejos, es el más barato. Llego y me atiende un chico flaco como una hoja. Más que flaco, chato. De frente parecía normal pero de perfil era finito.

–Hola... –leo en su placa– Bambú, quiero un equipo moderno.

–A ver, sígame por aquí... ¿su nombre?

–Fernanda.

–Bueno Fernanda, tengo... ¿cuánto piensa gastar?

–Unos 5000 pesos.

–Ahá. A ver. Tengo este equipo que es muy cool.

Compacto. Le va a ocupar muy poco espacio en su casa.

–Tengo espacio, si tiene algo más barato y más grande también puede ser.

–Bueno, tengo este Susuri Japonés que es súper noble y cuesta 4000.

–Perfecto. Yo tengo una compactera antigua, ¿se la puedo conectar?

–Es que la conecta a la computadora y ahí tiene todos los discos viejos que quiera en la cdteca de internet.

–Ahá...

–¿Qué le parece?

-Pero... no hay posibilidades de conectarla:

-Tengo otro equipo un poco más viejo que sirve para conectarla.

-Ese es el mío. ¿Cuánto cuesta?

-3800.

-Quiero ese.

-Bueno. Espéreme en la caja y se lo acerco. ¿Vino en auto?

-No, en taxi.

-Le recomiendo que se lo llevemos nosotros. Le sale lo mismo y es más seguro.

-¿Y estará antes del viernes?

-Hoy mismo lo tendrá en su casa.

-...y otra pregunta, ¿me lo pueden dejar conectado?

-Por supuesto, y sin cargo. A colaboración con el técnico.

-Lo espero en la caja.

-La llamarán por su nombre. Hasta luego Fernanda.

-Muy amable Bambú.

Llego a casa y en la puerta están con mi equipo. No lo puedo creer. Subimos a mi departamento y el técnico me conecta todo. Mi compactera parece un Winco a esta altura, pero a pesar de que el técnico me hizo un comentario mala onda yo estoy muy feliz frente a esa cajita llena de luces. Me tengo que ir a comprar un minibisp para estrenar el viernes con el Drag del boliche. O bajarme de internet algo. Me pongo a probar y no entiendo nada. Vuelvo a salir y voy a una disquería de música "moderna" que queda cerca de casa. Les pido que me recomienden algo para regalarle a un joven de 26. Y me preguntan medio el estilo. Yo le digo que algo lo más parecido al punk. Y me recomiendan cuatro. Los escucho y están buenos. De Punk no tienen más que esa cosa desesperada del grito pero el resto es cualquier cosa. Les pregunto si los puedo cambiar en

caso de que a la persona que se los voy a regalar no le gusten y el muchacho me dice que sí. Ok, muchas gracias, digo. Pago y me voy. Casi corro hasta mi casa. Paso por el súper y me compro unas bebidas. Sigo casi corriendo. Subo en el ascensor. Abro la puerta y allí está la cajita luminosa que en unos segundos despertará de su profundo sueño. Pongo WaWapogo Master y suena mucho más pesado de lo que en la disquería me había parecido. Me digo que es cuestión de costumbre. Preparo un whisky y escucho los mensajes del contestador. Antes nunca tenía ninguno y ahora tres por día. Uno es de Carmen, que me pregunta cómo me siento, que ella lo pasó re bien y que si quiero que me acompañe a comprar el equipo. A medida que escucho cada oración la voy contestando, todavía estoy drogada pero me siento re bien. Yo también lo pasé bien aunque no me acuerdo de nada y ya compré el equipo, ya vamos a usar tu auto para otra cosa. Luego hay uno de Gabriela que se siente de nuevo re bien. Que está de novia con un editor de 43 y que va a presentar su novela en una editorial que edita libros en Argentina y España. Me pongo contenta porque a mí también me están pasando cosas excitantes. El tercero lo borro porque ya es demasiado para un solo día. Me quedo como hasta las doce de la noche escuchando música, pensando en la intensidad de Carmen y en el chico que me quiero alquilar para el viernes. A las 12:30 se me ocurre que para el viernes tendré que ordenar la casa de una forma más moderna y hacer arreglarla para que parezca como si escribiera. Entonces, en la mesa que uso para comer hago una pila de fotocopias de apuntes del colegio mezclados con copias de la novela de Gabriela y algunos poemas de Cecilia, e imprimo esto que es mi diario. Pongo la compu al lado. Armo una mini barra sobre la mesita que está al lado del teléfono (sin pantalla por su puesto), y decido ir mañana por la mañana a comprar unos almohadones, ya que entro en el turno de la tarde.

Me levanto tardísimo. Me baño, tomo el agua. ¡Almohadones!, grito. Hago las elongaciones en la pared. Me visto con cualquier cosa. Me cubro toda con un saco largo y me voy al maximercado. Voy directo a la parte de sábanas y todas esas cosas. Elijo una toalla nueva, dos batas y unos almohadones con dibujos de leopardos y uno liso para combinar, color marrón africano. Meto todo en el carro y de camino a la caja compro una botella de vodka por las dudas de que quiera beber mucho. Antes de llegar a la caja recuerdo que quedaría muy bien una picada y compro una ya hecha en una bandeja de plástico reciclable. Ahora sí, hago la cola y pago con la tarjeta. Hace años que no gasto tanta plata en una semana; y más años que no gasto tanto en sólo dos días.

Cargo todo en un taxi y cuando llego a mi domicilio tiro todo en la vereda. Voy entrando de a una cosa controlando que no me roben nada. El portero no me ayuda. Creo que me odia porque siempre espera que le tire unos mangos por cualquier cosa. Él gana más que yo. Mis expensas son carísimas y lo que pago por seguros ni hablar. Al llegar a mi piso me tiro 5 minutos a descansar y a pensar en mi loca aventura. En el contestador hay un mensaje de Laura, una ex novia de hace 30 años. Agendo su nuevo teléfono y pienso que la voy a llamar por la noche. Me pongo a acomodar la casa. Doy 3 veces la vuelta a toda mi casa. Hasta que me decido a poner la mesa de la compu debajo de la ventana y la cama sillón al lado de la puerta de entrada. Desenfundo los almohadones y los tiro por el aire, así caen como si estuvieran puestos de una forma espontánea. Caen por cualquier lado, entonces los acomodo yo misma. Me tiro en el sillón y pongo uno para sostener mi cabeza y otro para apoyar los pies. El de la cara del leopardo lo dejo en el centro armonizando la suelta composición. Me cambio para ir al colegio y me pongo la falda que uso casi

todos los días. Hoy tomo colectivo porque no quiero que los chicos me pregunten por qué de nuevo llego tarde, aunque tengo la cara más feliz que la que llevo habitualmente y temo que de vuelta me pregunten qué me pasa.

Son las 19:30 del viernes. Estoy por salir a la discoteca bar. Hoy de vuelta a casa me compré una pollera gris humo elastizada y una camisa blanca que se abrocha atrás, bastante moderna. También me compré un cinturón como el del vestido que da tres vueltas y me pinté la cara con tonos suaves para disimular las arrugas. La gente cuando me ve por la calle me da cincuenta y pico. Tomo el colectivo y está lleno. Un señor me da el asiento y no creo que me lo dé porque parezco embarazada. Pero tampoco porque luzco vieja, porque me veo bastante bien y me siento bastante bien. Me bajo y camino dos cuadras a la derecha. Llego a la puerta de entrada y hay una señora limpiando que me dice que abren recién a las 9:00. Siento que si tardo mucho se me va a caer el maquillaje. Enfrente hay un bar de hace mil años lleno de viejos, más viejos y cachuzos que yo. Entro y todos me miran. Luego dejan de mirarme y siguen mirando el fútbol. Me pido un whisky con hielo. Mientras bebo espero que abran y pienso, si abren a las nueve tal vez los muchachos lleguen más tarde, cuando ya esté todo listo, es decir, las camas tendidas o por ahí las dejen tendidas del día anterior... ¿Le cambiarán las sábanas?. Se hacen las 9:00 y desde el bar puedo controlar la entrada y salida del personal. De repente veo acercarse a la puerta un grupo de amigotes que charlan. No puedo distinguir al mío... ¿Lo distinguiré? Apenas lo vi el otro día y estaba bastante oscuro. Son las 9:15 y abren la puerta. Espero 15 minutos más y en la espera la veo a Carmen que pasa en su auto con otra mujer. Pasa despacito pero no se detiene en el vip. Sigue de largo. Tal vez vaya a venir más tarde cuando la fiesta esté mas armada.

Me asusto, así que pido un doble. Bebo y cada vez me siento más fea. Me lo tomo de un trago, dejando un poquito en el vaso, y salgo a la calle. Al principio me tambaleo hasta que enfocando la puerta del bar vuelvo en mí yo pedoico y encaro a la de la puerta que está súper producida, con tacos y minifalda rosada. Teñida de rosa también y con un top plateado.

–Hola.

–Hola.

–La entrada son 100 pesos.

–Mmm... aquí tiene.

–¿Es la primera vez que venís?

–No, ya estuve otras veces.

–Pero es la primera vez que te veo sola.

–Sí... vengo a tomar algo... antes... de salir a una fiesta.

–Buenísimo. Todo tuyo. Pasá.

Y paso. Me pido en la barra una Coca Cola porque no quiero quedarme dormida como todos los días lo hago en el sillón de casa y voy al baño. Me asomo y no lo veo. Vuelvo a salir y decido meterme en el sector de las camas. Aún no hay nadie. Sigo metiéndome por ese ancho pasillo y al final hay una puerta entreabierta. No me animo pero igual la empujo despacito. Adentro están todos preparándose, escuchando una música absolutamente nueva para mí, no como la de la disco, algo único. Charlando, fumando marihuana y bebiendo. Otros fuman tabaco. Abro un poquito más para ver si distingo al que a mí me gusta y de repente uno se da vuelta y me saluda.

–Hola.

–Hola... disculpen.

–Pasá.

–No, espero afuera. Quería ver si ya estaban...

–Salimos en un rato, pero...¿qué querías?

–Estaba buscando...

-¿A alguno en especial?

-Sí.

-Pasá. ¿Cómo te llamás?

-Fernanda.

-¿A quién buscás?

-No sé el nombre. El otro día lo vi apoyado en una columna con una camisa escocesa.

-¿Tipo leñador?

-Sí... algo así, pero sin tiradores.

-No es ninguno de nosotros... ¿querés? -y me ofrece porro.

-No, gracias. Ya bebí demasiado.

-¿Entonces querés tomar algo más aquí? Sos la primera que se atreve a entrar en nuestra cueva.

-¿Eso es bueno o malo?

-Bueno. Sos una mujer decidida

Si supieran que hace una semana yo era otra. Que para mí no existía nada más que mi casa, mis gatos... etc. ¿Yo valiente? Me temblaban las piernas al estar rodeada de tantas bellezas. ¿Qué pensarían de mi edad? Me gustaría tener 20 o 30 años menos pero las cosas estaban así. Yo con mis 65 buscando una experiencia sexual después de haber entrado en desuso hace 25 años.

-¿En qué pensás?

-¿No vino el leñador?

-Sí. Está en el baño duchándose. Esperalo aquí.

-No, espero afuera. En la cama más cercana.

Pero pienso que si viene Carmen me voy a tener que quedar charlando con ella y esa no es mi idea para hoy.

-Está bien., espero aquí.

Y de repente lo veo aparecer, tan hermoso como el otro día. Con su rostro delicado y su enorme cuerpo. Con una camisa del mismo tipo que llevaba el otro día. Esta vez

llevaba las mangas arremangadas, un jean ajustado que marcaba su bulto y gel en el pelo que le quedaba todo parado. Siento que no tengo el valor de abordarlo. Es demasiado para mí. Además, ¿y si me enamoro? Prende un cigarrillo y el que había hablado conmigo se le acerca y le susurra al oído algo. Mi chico me mira. Yo lo miro con una dulce mirada de hielo. Es lo que me sale. Siento que me hago pis, como un bebé. Me iría gateando porque de los nervios no puedo caminar. Juan, dice el que me había hablado. Él se llama Juan, te lo estoy presentando, dijo. Juan comienza a acercarse a mí y yo no puedo retroceder a esta altura de su cercanía.

–Hola. Tu nombre...

–Fernanda.

–El mío Juan.

–Hola.

–Hola. Creo que te vi alguna vez...

–¿Lo decís de cortés o es verdad?

–Verdad. No tengo por qué ser cortés con vos. No tengo por qué ser demasiado cortés con las clientas.

–Si, es verdad. Yo hace unos días te vi y hoy... vine a buscarte.

–Ahá... y, ¿qué querés?

–No sé. Pensé en ir a mi casa pero ahora creo que es demasiado. Tal vez puedo invitarte a tomar algo. Igual te pago por tu tiempo.

–Como quieras. ¿Dónde querés que estemos?

–Puede ser aquí.

–No, aquí por reglamento está prohibido. ¿No querés que te vean?

–No. En realidad no me importaría si no estuviera por venir una amiga que no quiero que me vea porque...

–No me tenés que dar explicaciones. Andá y comprá

una botella de algo y yo te llevo a otro lugar.

-¿Qué querés?

-Mixer.

-Mixer.

Voy hasta la barra y rápidamente pido un mixer que no tengo ni idea de lo que es. La camarera saca de la heladera una lata de un litro y me la da. Es carísima. Juan es bastante sofisticado. Seguro que si lo llevaba a mi casa no le iba a gustar mi nueva decoración. Pero todavía tengo que conocerlo más. Tal vez en el fondo sea un muchachito de barrio que me vio cara de rica. Voy al camarín, "la cueva", y está él solo. Los demás ya están en sus puestos cerca de las camas. El contraste de las chicas en tetas y los chicos detrás de las cortinas vestidos es bastante confuso. Él me hace pasar por una puerta que conduce a la cocina, más adelante salimos a un pasillo que conduce a una puertita y subimos por una escalerita. Él trepa ágil como un mono. Yo me agarro como puedo de la baranda y me esfuerzo por verme ágil como él. Llegamos a otra puerta y aparecemos, como por arte de un embrujo loco, en una terraza sucia y vacía. Casi abandonada. Llena de botellas y latas vacías. Hay un olor inmundable a bolsas de basura. (Los helicópteros retiran la basura una vez por semana y parece que no pasan hace como cinco días. Yo me pregunto si habrá ratas. El leñador se sienta en la baranda y me invita con la mano a sentarme a su lado. Le doy la lata que me dificultó todo el camino y él la abre con los dientes, sin necesidad de hacerlo de esta manera porque tenía tapita. Voy trazando el perfil psicológico de mi galán. Es un casanova post punk. Toma un trago inmenso y me la da a mí. Yo tomo y la verdad es que la bebida está riquísima. A pesar de que en el instante en que la tomo me re pega, no era tan fuerte. El silencio de nuestras bocas era inmenso. Sólo se escuchaba la música de la disco que está, por suerte para nosotros, allí arriba, y muy mal acustizada.

-¿Qué música te gusta?

Intento recordar los nombres de la música que me compré antes de ayer pero pienso que tal vez no le guste, así que no voy a arriesgarme.

-Tengo 65 años. Hace años que no sé qué escuchar.

-¿65? Parecés mucho más joven.

-Suelen decírmelo. ¿Vos qué escuchás?

-Lo que sonaba en la cueva.

-¿Y qué es?

-Música -y se ríe y toma más Mixer.

-¿Y qué es este trago?

-Es una mezcla de alcohol, cristal y cocaína. Pero es suave, ¿viste?

-Sos lindo -me salió decirle.

-Gracias.

-¿Vas al gimnasio?

-Hago en mi casa.

-¿Y dónde vivís?

-En los suburbios. Vivimos casi todos los que trabajamos aquí en un depto que nos alquila la dueña. -Lo suponía, un pendejo de los suburbios.

-Y lo pasan bien, ¿no?

-Sí y no. Quiero salir de ese antro.

-¿Tus amigos son muy desprolijos?

-No, es que traen chicas todo el tiempo y no se puede dormir.

-Y vos, ¿tenés novia?

-¿Novia? No tengo tiempo. Tengo que trabajar.

Aparte... me gusta ser soltero.

-¿Y cuantos años tenés?

-22.

-Ah... linda edad.

-Más o menos.

-¿Por qué?

-Porque soy muy joven. Me gustaría tener 28.

-Otra linda edad.

-¿A qué edad cogiste por primera vez?

-Creo que a los...18...19...

-Yo a los 13.

-Epa. ¿Y con quién?

-En el baño, con una compañera de séptimo grado.

Pero eso fue hace mucho tiempo.

-¿Cogés a menudo? -le pregunto.

-Y... me dedico a eso. ¿Vos querés...?

-No, no, no.

-¿No?

-Tal vez sí... Pero igual a veces sólo me gusta tener charlas muy intelectuales... con todos mis amigos y colegas que son muy interesantes.

-¿Y acerca de qué?

Pienso algo rápido.

-Adorno, Canjuers, Débord, etc... -le digo.

-No los conozco, ¿son muy viejos?

-No, para nada. Un poco, tal vez. Pero siguen siendo muy actuales. Son la plataforma de la cultura actual y la antigua. Podemos charlar algún día si querés.

-Bueno, a mí me interesa todo.

-A mí también -le contesté mirándolo a los ojos.

-A mí me gusta Sugar Conic, Represive Store, Animal Attack, Love With out Pasion.

Yo sigo mirándolo con los ojos de mi soledad absoluta, como desde otro planeta. ¿Marte? No hay planeta más lejano que mi soledad. ¿Plutón? Yo que sé. Mis ojos estrellados de lágrimas y desorbitados por el efecto del mixer. De repente caigo en que estoy colgada de mis sentimientos más dolorosos y reubicándome en el espacio

me doy cuenta de que tengo un pedo tremendo y de que él se ha subido a una escalera muy alta y me invita a subir. Yo con mi mano le digo que no.

–Vení –me dice.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Porque soy vieja.

–No lo creo.

–Tengo 65 años.

–La edad es un invento.

–Estoy un poco mareada....

–Ah.... es por el mixer. Vení, que en pedo es todavía más lindo.

–No. Vení vos. Soy vieja.

–Vieja –y se ríe.

–No seas malo.

–Me encanta la gente vieja, me encantás vos. Quiero ir a tu casa.

–Otro día... hoy voy a llorar... y sola. En mi cama. Me quiero ir, ¿bajás?

–Sí.

Y baja en tres golpes por la escalera como una pantera. Cabeza hacia abajo. Enganchando sus botas acordonadas a los peldaños. Puedo ver la fuerza de sus piernas y de sus brazos que casi le hacen explotar la camisa. Elegantemente se le resbalan por el jopo dos gotas de sudor que cuando llega al piso y se pone de pie vuelven a la frente y se meten en su hermosa boca.

–Saladas –me dice.

–¿Cómo lo hacés? –le pregunté.

–¿Qué cosa? ¿Lo del sudor o lo de la escalera?

–Lo de la escalera.

¶ –Práctica, perseverancia y muchas ganas de seducir

chicas y mujeres.

-Fantástico. ¡Qué bien lo hacés!

-¿Quedó algo de Mixer? -pregunta él.

-No.

-Entonces bajemos a comprar más. Yo te invito.

Llegamos a la barra después de haber atravesado todos los pasillos y él pide otro mixer. En el camino se me enganchó la media con la puerta del horno de la cocina pero por suerte no se me rompió la panty ni me quemé la pierna. A mí ya me pudrió esa bebida inmundada y me pido mi clásico y refrescante whisky on the rocks, aunque ahora venga en lata con hielo y todo adentro. El ritmo de la situación es entrecortado. No es natural. Nuestros cuerpos no fluyen en el amor ni en la pasión. Yo miro hacia todos lados para ver si vino Carmen. No la veo pero siento sus ojos observándome pecar con un chico que podría ser mi nieto. Pecar, qué palabra que no usaba hace años. La pasión... ¿es un pecado? ¿Dejarse llevar por el calor y la protección de otro cuerpo es pecado? ¿Anhelar gozar y si es posible llegar a un orgasmo lo es también? ¡Por Dios! ¿Divertirme? ¿Es un pecado? Él me toma de la cintura y me hace girar poniendo mi cuerpo frente al suyo. Apoya su torso fajado junto a mis pequeños pechos teniendo que hacer fuerza para aplastar mi panza y se frota tan fuerte que puedo sentir lo duro que es el género que sujeta sus pechos que, entre otras cosas, se perciben bastante abultados. Yo no estoy caliente. Estoy hipnotizada, perdida, entregada, tensa, contracturada. Pero puedo disfrutar de ese estado porque siento que estoy viviendo algo diferente que rompe mi rutina de elongaciones, pedos solitarios en la noche y clases de literatura. Además gozo al pensar que mañana cuando vaya al cole voy a flotar en el aula y voy a valorar mucho más a todos mis alumnos.

Dos días después

¿Qué hubiera pasado si me hubiera subido a la escalera? ¿Me hubiera caído o hubiera transado en la punta? Tal vez habríamos tenido ganas de volar saltando al vacío sin pensar en que acabaríamos en la vereda, o tal vez en la calle quebrados o muertos. Muertos por la pasión del aire fresco, de nuestros cuerpos vestidos con ganas de desvestirse y disfrutar a pleno. ¿Tal vez el volar hubiera sido la única posibilidad que nos quedaba frente a la imposibilidad de desvestirnos en esa escalera tan angosta? Una vez más mi vértigo no me dejó morir, o vivir al menos un segundo, esa pasión joven y potente que despertaba Juan en mí.

Estoy en casa, ya me aburríeron los discos que me compré. No me adapto a los gritos finitos de la banda. Todo muy agudo. Prefiero los sonidos oscuros de la caverna del dark, del noise, del punk. Ahora se usa lo finito provocado por efectos que hacen de cualquier voz algo finito. Mañana voy a ir a la disquería y me voy a gastar unos buenos mangos en comprar algo moderno y grueso, a pesar de que en el colegio nos avisaron que nos van a reducir el sueldo un 16%. No sé si tengo ganas de ir a la marcha que harán mis compañeros. Prefiero, ya que mañana no tengo que ir a trabajar, quedarme en casa pensando en él. ÉL, ÉL, ÉL. No quiero obsesionarme con él. No, no quiero. Le pido a Iemanjá que me proteja de la obsesión pero no puedo parar de pensar en su bulto de goma espuma o de no sé qué. ¿Se habrá operado? ¿Tendrá una prótesis natural extirpada de su vientre? En uno de sus raptos de sinceridad me contó que se cosió las trompas y que se iba a sacar los senos. Yo me tenté, Odio mis senos que son más pequeños que mi panza. Cuando era

pendeja, en las fotos me salía la panza y arriba dos bolitas horribles aplastadas por remeras ajustadas que usaba pensando que me quedaban sensuales. Cuando me di cuenta de lo mal que me quedaban, me compré una remera XL de Rodrigo (un cantante de cuarteto que a mí me fascinaba y que hoy es un santo) para hombres y desde esa vez me hice torta para siempre. Era mi identidad confundida, hasta dejé de usar vestidos. Ahora ya uso cualquier cosa porque, a pesar de que sólo "salgo" (hace dos semanas) con chicas, me considero una Señora de la clase media.

me gusta

Una vez, cuando tenía algo así como 27, quise levantarme a una mujer de 50. No me resultó. Yo tenía todo planeado para cogérmela (en esa época yo me quería coger a todo el mundo) pero me puse en pedo con latitas de cerveza que ella me traía y ella... no tomaba. Sólo inhalaba eso que se usa para los mocos, que parece que pega bastante fuerte. Yo no sabía cómo abordar esa droga tan loca para mí. La adulé, le dije de todo. Le miraba la boca con desesperación y vergüenza. Le regalé un ángel, un cuadro, la cité en un poema y se lo di. Pero ella estaba sentada como una gran señora. Como yo ahora, aunque diferente, porque ella era culta y más joven que yo ahora. Una gran señora de la clase media. Después, cuando me dijo que tenía sueño y yo ya tenía que volver a mi casa para que mi novio no se diese cuenta de que estaba intentando meterle los cuernos, tuve que bajar tres pisos con mi bicicleta rodado 28. Me choqué dos veces contra la pared. Ella me preguntaba, ¿estás bien?, y yo le contestaba que por qué no vivía en una planta baja. Ahora que lo pienso, creo que ella se había dado cuenta de que yo estaba en pedo y de que había ido con una excusa a su casa para cogérmela. Ahora, yo me pregunto, ¿ella me tendría ganas? La dejo picando.

Bueno, vuelvo a pensar en Juan. Tengo todo el día para pensar en él y calentarme, gracias a Dios. Pero no quiero obsesionarme. Iemanjá, no. Junto los almohadones de leopardo y haciendo mi típica torre de 50 cm. empiezo a mover mi cuerpo para hacerme la paja. Pienso en la escalera y en los dos volando hacia la calle. Me imagino que los dos sobrevivimos al impacto y nos llevan a un hospital, a una misma habitación, y puedo verlo desnudo cuando la enfermera viene a limpiarlo. Le pasa un trapo húmedo por la entrepierna y por su torso fantástico. Trato de no pensar en cuando la enfermera venga a limpiarme a mí. Lo veo sin su faja. Me imagino que sí, que se operó, y le veo un pene sin agujerito. La enfermera lo mira y se calienta, así que le limpia con mucho, mucho ímpetu suave su hermoso pene. Va y viene. Yo miro porque se me quebraron las dos piernas y un hombro. Pero por suerte puedo mover el cuello y mirar para el costado. La enfermera nos trae una compota y Juan me pregunta si estoy bien. Ahí me caliento más. Después me pregunta si esa asquerosidad me parece rica. Yo le digo que me dan ganas de vomitar. Él me dice que también y la tira al piso. Yo lo imito pero lo tiro más alto y me cae sobre el yeso. Vuelve la enfermera y me limpia el yeso. Después la enfermera vuelve a entrar y corre la cortina que nos une a Juan y a mí y me imagino cómo la hija de puta le chupa la pija. En ese momento acabo estrellas y mancho con un mililitro de leche el almohadón. Después la enfermera corre la cortina y Juan me dice, "Vos sos más linda". Acabé, al fin. Juan y la enfermera, los responsables de tan fantástica sensación. Me levanto enfurecida, me sirvo un whisky y me tomo otro. Me doy cuenta en ese momento de que toda esta nueva vida que estoy llevando me está conduciendo por el camino desolado del alcohol. Me sirvo otro para apaciguar ese sentimiento asesino que me provocó la eyaculación femenina. Mañana tendré que

comprarme toallitas porque creo que seguiré perdiendo flujo todo el día. Volver a ser joven. Cómo lo odio. Cómo odio sus 25 años de juventud. De pronto se me ocurre que debo cometer un asesinato. Que necesito quitar una vida. Pero no la repugnante vida de las cucarachas que caminan por los azulejos de mi cocina o que caen del techo sobre mi cama. No, quiero matar a alguien frágil y bueno. A alguien indefenso. Salgo al balcón. La calle está mal iluminada. Nadie podrá verme. Lluve apenas y los negocios y las ventanas de los vecinos están cerradas. Voy a la cocina. Me sirvo un toque de whisky más y agarro un cuchillo para cortar pescado. El cuchillo que una vez me regaló mi amante chorro. Que se lo robó poniéndolo adentro de una baguette del Coto. Me envuelvo en una manta escocesa azul cubriéndome la cara como una musulmana de las de antes. Me siento excitada y vuelve a caerme leche mezclada con pis porque desde chica me costó controlar los esfínteres (otro novio siempre me preguntaba, ¿acabaste o te measte? Yo nunca lo supe). Salgo al balcón, la brisa y la llovizna destapan mi rostro. Allí está ella, la planta que me regaló Gabriela para mi cumpleaños número 60. Me arrodillo y comienzo a podarla salvajemente hasta que me canso y le doy con el cuchillo en el centro de su bulbo. Apreto, apreto. No puedo parar. Agarro la maceta y la arrojo contra el piso. El bulbo queda indefenso, desnudo, y yo lo corto como a un tomate. Tomá, tomá, le grito, remil hijadeputa. Jajajaja, comencé a reírme. Agarré la tierra con mis manos y estaba húmeda. Me la froté por la cara, por el cuello, por las tetas, por la concha. Tu sangre. Sin ella no podés vivir ¿no? y a mí me hace bien al cutis. De repente me sentí una nazi. Humectándome el cuerpo con el cuerpo de mi víctima y corrí hacia mi altarcito de Santa Teresita a pedirle perdón. Ella nunca me responde y su silencio siempre está lleno de significados ambiguos. Mañana iré a confesarme. ¡Por Dios!

¿Qué he hecho? ¿Cómo le explico a Gabriela? No me lo perdonará jamás. Y no quiero perder a mi única amiga.

Hoy puse el despertador más temprano que de costumbre para tirar a la fiambre que tengo muerta en el balcón. Uno las hojas de mi diario íntimo con cinta scotch para que quepa la víctima. La envuelvo suavemente con los fragmentos que en una época me parecían de una mujer decente. No soporto más mi pelo teñido, lo siento como una enredadera que algún día me va a matar. Me lo corto y también lo envuelvo junto a ella. Me embalo más y me podo toda la cabeza. Las raíces desteñidas afloran y luzco viejísima. Como de 70. O como lo que soy ahora pero desteñida. Luego hago un paquete más grande y firme con papel de diario y después pongo todo en una bolsa de hule como lo hacen de verdad los de la morgue. Lloro, y eso me hace sentir normal, una mujer con culpa, como siempre. Un asesino no lloraría, me digo para limpiar un poco mi alma. Nunca más lo haré, me repito, nunca más. Voy hasta mi cuarto, aún estoy en mi camisón rosado y en chinelas con forma de lagarto, las que me regalaron mis alumnos. Abro el cajón donde guardo la ropa interior y cubro el cuchillo sucio con una mantilla de lana que una vez dejó caer desde un tercer piso para mí otro amor. En ese momento siento dentro de mi cerebro el sonido lejano de una música de Shakira... Bruta, ciega, sordomuda.

-Profesora!?

-¿Qué le pasó? ¿Qué...? Pero... usted... ¿tenía canas?

-Sí chicos, tengo canas desde que tengo 26. Pero siempre lo oculté. Ahora... quiero ser yo misma. Y quiero decirles dos cosas más: soy lesbiana y ayer maté una planta.

-Ah... Nunca me imaginé que tuviera canas.

-Chicos, ¡soy lesbiana!

-¡Yo también! -gritó una chica desde el fondo.

-Yo maté a un gato.

-Yo quedé embarazada a los 14 y maté al bebé en el cuarto mes.

-Yo maté a una planta y me da pánico pensar en lo que me he convertido.

-¡Profesora! ¡La queremos!

-Gracias chicos. Hoy a la tarde voy a ir a la Iglesia. A la de las Madres Carmelitas, que siempre está vacía y no dejan entrar ni a hombres ni a animales y sólo hay flores que parecen vivas. Hoy deseo contarles una vieja historia... y espero que al menos tres de ustedes me escuchen. Creo que pueden aprender algo de mí, si algo tengo para darles. Ahora que me siento indigna y mortal creo que puedo transmitirles algún mensaje acerca de lo que es vivir: Una vez, cuando tenía 31 años, una niña tenía un kiosco y le vendía cerveza a menores de edad. Había cuatro chicas que venían siempre: Lía, Marcela, Fangio y Lola. Fangio había tenido un bebé a los 15. Cuando frecuentaba el "24 horas" tenía 17 y me contó que le habían quitado la tenencia de su nena de dos años porque bardeaba mucho con pibes y se escapaba del albergue para madres solteras menores y drogadictas. Una vez ella me pidió trabajo porque quería volver a tener a su bebé, que cada miércoles cuando la dejaban a ella ir a verla le decía: te quiero mamá, no te vayas. La nena tenía dos años y ya entendía lo que era el tiempo. Una semana. Yo la contraté para que acomode las golosinas e hiciera la custodia para que sus amigos no me roben y me protejan de otras pandillas. Pero no la pude contratar en blanco, que era lo que ella necesitaba, entonces por esa época se me ocurrió decirle que se case con un amigo mío que vivía en Alemania que quería hacerse argentino. Así, con una familia constituida más el trabajo de periodista de él, podrían devolvérsela. Al final él no se quiso casar, porque ella era muy rebelde y nunca se quedaba con él a

dormir mientras intentaron ser novios. Ella trabajó conmigo un año y pico y después raptó a su hija en una de las bolsas de la ropa sucia del internado y se fue a vivir a no sé donde. Lía era la más descontrolada. Era la que juntaba la plata para la birra y la que tenía contactos para conseguir poxirrán con tolueno que inhalaban sentados en la vereda del kiosco. Yo intentaba convencerlos de que no mezclaran poxirrán con vino o cerveza, pero ellos tenían más argumentos que yo para hacerlo. Yo estaba enamorada de Lía. Ella nunca lo supo. Por eso tal vez era tan permisiva con ella y le convidaba cigarrillos. Venía siempre al baño del kiosco y era tan chiquito que me rozaba la cadera con su fabuloso culo de pendeja de 15 años. Entraba y yo escuchaba cómo vomitaba. Una vez, como tardaba mucho tiempo, entré y nos quedamos solas con la luz apagada porque se había quemado la bombita. En el medio de esa noche artificial le toqué una teta. Perdón, le dije y ella me contestó: todo bien, y siguió vomitando. Después, cuando se fue, tuve que limpiar el baño a tientas. De otro me hubiera molestado pero su vómito estaba lleno de lágrimas y yo también lloré porque no podía amarla. Otra vez vino con las rodillas lastimadas, toda la carne viva con pedacitos de hojas secas y tierra pegada. Yo abrí un paquete de algodón que vendía en el negocio y una botella de alcohol para curarla. Tuve que correrle las medias negras llenas de agujeros que usaba y pasarle con mucho cuidado la medicina. Ella gritó y me dijo, pará boluda. Yo le dije, un poco más, y sentí que por ella era capaz de contagiarme de sida, ya que yo tenía las cutículas de mis uñas lastimadas de tanto comérmelas. Me resistí y pensé, “¿para qué, si nunca me va a dar bola?”. Lía era fanática de María Fernanda Aldana, la bajista de El Otro Yo, que gritaba como un ángel en medio del coro de guitarras distorsionadas de su grupo. Aunque el líder, que era su hermano, era un poco fascista. Yo era kiosquera y sólo podía

darle lo que ella quería, alcohol (no fino) y cigarros. Pero para ser sincera... ¿me están escuchando?

-Sí...

-Un día ella vino con un novio nuevo. Un hombre mayor de unos 40 años. Yo tuve un ataque de celos, así que cuando me pidieron un cartón de vino, en aquella época venía en cartón o en botella de vidrio, le metí adentro un toquecito de veneno para ratas. Muy poquito. Bueno, no sé qué pasó después pero él dejó de salir con ella y se quedó ciego. Ella siguió viniendo con muchos novios diferentes y, a diferencia de su hermana Fangio, ella nunca se quedó embarazada. Lola era la hermana de Marcela y las dos eran más centradas. Marcela tenía 17 y estaba embarazada de un chico de 27 que estaba en la cárcel por tentativa de robo. Igual en un año iba a salir. Ellas vivían con su familia, así que la mamá de las dos se haría cargo del bebé. Durante todo el embarazo Marcela no dejó de beber alcohol y el bebé nació de lo más normal. Lola sí que era copada, pero era la más fea. Ella tenía novio, pero a esto quería llegar con toda esta historia: Ella usaba condones. Nunca dejen de cuidarse. Y algo más que quiero decirles: En las relaciones femeninas entre dos mujeres también hay que cuidarse porque una se puede contagiar todo tipo de hongos. Los hongos se manifiestan cuando a una le empieza a picar mucho allí abajo. Hay varios tipos de protección: la bombacha, cortar un forro y hacer como un pañuelito que se pone como barrera entre los genitales o utilizar la sábana como protección. A no ser que sea una pareja estable y las dos sepan que no tienen ningún tipo de bacteria.

Marcel Fangio

Mi nueva personalidad

→ Me siento mal. Ahora los chicos ya saben casi todo de mí. No sé si volverme a teñir o no. Además tengo el pelo tan corto que se me va a pintar el cuero cabelludo. Pero me veo vieja y fea y más gorda, con los cachetes más hinchados y caídos que nunca. Me doy manija que ya Juan no va a querer estar conmigo, aunque le pague. Tengo que salir de mi depresión. Voy a empezar un tratamiento psicológico y que el psicólogo me derive a un psiquiatra para que me de un antidepresivo. Tengo todavía el teléfono que me pasó mi madre antes de morir en un instituto de terapia intensiva. Dicen que en un mes te sacan adelante. Un mes. Una eternidad. Me voy a volver a anotar en AA. Pero mañana mismo paso parte de enferma (porque lo estoy) y voy al instituto. Lo de la charla con los chicos me partió el alma. Ya han pasado más de 35 años y todavía los pobres se tienen que estar cuidando del sida. Yo también tengo que hacerlo pero a mí me queda menos vida por vivir. Aunque me dijeron que a mi edad es más fulminante. No quiero ser dark. Estoy enferma. Me voy a conectar al chat de autoayuda a ver si alguien me dice alguna frase que me convenza de que todo no está tan mal. Ya la planta no me importa. Estoy muy trastornada con mi corte de pelo. Parezco un hombre gordo y lampiño. Aunque creo que a los hombres de mi edad se les caen los pelos. Me conecto en la compu. Me voy a poner de nik Juan. No, mejor Lía. O no. mejor pizza 22.

www.teayudomeayudas.com.ar

pizza22

hola

pizza22

hola?

pizza22

hola ¿hay alguien?

pizza22

soy de buenos aires.

pizza22

no me llamo **pizza22**. soy mujer tengo 30 años

Flavio

hola

pizza22

hola, ¿cómo estás?

Flavio

más o menos, ¿vos?

pizza22

un poco mal

Flavio

ya se te va a pasar

pizza22

a vos también, ¿por qué estás mal?

Flavio

me dejó mi novia y la extraño

no puedo dejar de pensar en ella.

¿y vos?

pizza22

yo me corté el pelo y me quedó re mal.

me siento un poco acomplejada

Rata sucia

hola, ¿qué tal?

pizza22

mal

rata sucia

no estés mal sos joven a los 30 tenés

mucho pelo por crecer

pizza22
no me conocés, tengo problemas
con el cabello
rata sucia
yo hoy estoy bien
y quiero ayudarlos
rata sucia
estoy
pizza22
bueno me retiro
gracias. ya me siento mejor
pizza22 (no responde)

Maldito chat. Mañana en vez de ir a Terapia Intensiva voy a ir a la peluquería.

Voy a la peluquería. Me atiende una señorita con un corte exótico, toda peinada para atrás con gomina. ¡Qué mina! Segura de sí misma sabe lucir su nariz de cañón. Es un bombón aunque sea feísima. El enterito blanco rayado le queda muy bien. Dios sabe compensar. A esa cara de caballo le dio un cuerpo fatal, de potra. Todo, tetas paradas, culo parado, cinturita. Del cuello para abajo es perfecta. Ella me pregunta qué me quiero hacer y yo le digo que quiero que me implanten pelo. Largo. Hasta la cintura y marrón. Pienso y le digo “negro azabache”. Quiero parecer por lo menos de 31. Quiero hacerme trenzas. Enroscármelas por el cuello por si alguna vez se me vuelve a ocurrir suicidarme. Ella me hace pasar y me dice que a pesar de que no tengo pelo me lo tengo que lavar y hacerme un baño de crema. Vamos a los piletones y me ahorca con un mantel blanco rayado celeste y rosa. Me siento y tiro la cabeza para atrás. Meto un dedo entre el babero y mi cuello porque me duele mucho. Chillo y me dice

que es para que no me moje. Dejo de chillar. De repente... se hace la luz. En el espejo veo a una chica con un arito en la nariz, teñida de rubio, toda despeinada. Peinada con un despeinador, porque todos en el local tienen que lucir cabellos perfectos. La miro con los ojos extraviados llenos de champú. Esta sí que es linda y tierna. Me hace masajes en el cuero cabelludo con sus deditos flacos y sus uñas cortas despintadas. Sigo mirándola al revés. Su boca está muy cerca de la mía y eso es una tentación. Sus ojos también, con sus pestañas claras.

—¿Cómo te llamás? —le pregunto.

—Asilana. ¿Y usted?

—Fernanda, decime de vos. No soy tan vieja, tengo 40.

—Ah... parecías más grande.

—Estee... es que estoy muy curtida.

—Te confieso algo... Yo tengo 30 y también me tiño las canas. Por eso me tiño de rubia, para que no se noten cuando me crecen las raíces.

—Y... ¿estás casada?

—No.

—Yo tampoco. Ni tengo hijos.

—Yo tampoco... yo soy del palo de...

—¿De qué? —pregunto ansiosa.

—De las lesbianas.

—Ahá... no tiene nada de malo. No tenés por qué ocultarlo, es algo natural. ¿Sabías que en el principio de la humanidad eran todas mujeres hasta que hubo un cambio azaroso de la genética y surgió el primer hombre racional que se paró y comenzó a explotarlas y a cogérselas y allí todo comenzó a reproducirse?

—Mirá, no sabía nada de eso. ¿Y vos? Hay algo en vos que no me cierra... —me dice mientras me aplica los capullos que hacen que irrigue más la sangre, preparando el cuero cabelludo para la implantación.

—¿Qué? Algo que a mí me caracteriza es que soy muy, muy franca. Y que digo siempre la verdad.

—No sé... ¿por qué te pelaste?

—Porque dejé a un amante y no soporté la culpa.

—¿Y no quisiste tener un hijo con él?

—No... es que yo aún no me siento preparada. El quería, pero yo... no sé. Aún me siento muy inmadura.

—Yo quiero tener un hijo. Pero no puedo porque tengo sida.

—¡Qué injusto!

—¿Qué cosa?

—Que no puedas tener bebés y que te tengas que morir.

—Pero... ¿qué dice? ¿Quién mierda sos para decirme eso? Yo no me voy a morir.

—Bueno... perdoná. A veces soy muy directa.

—Y bruta. En el sentido de que ya nadie muere de sida.

Ella tenía la razón. Yo me estaba comportando como una estúpida. Me la quería levantar, o no sé, al menos continuar la conversación para seguir estando con ella. Todo lo que le dije era una pavada. Esa no era yo. Obviamente le mentí acerca de mi edad y lo del amante para no contarle lo de la planta. ¡Qué vergüenza! ¿Qué pensaría de mí si yo le contara que me había pelado porque había matado una planta indefensa que me había regalado mi mejor amiga? Soy inmunda.

—Bueno... ya está. Gracias por el lavado y los masajes

—le digo, porque ya no soporto tener el cuello para atrás con ese babero que me está matando, ni ver su hermoso rostro sonriente de moribunda.

—Es lo que me corresponde, yo trabajo aquí. Es mi trabajo. Yo trabajo de esto. Hace años que trabajo de esto y estoy muy feliz con mi trabajo. Me gusta y lo disfruto y sé que lo hago muy bien. Mi madre era peluquera y yo alguna vez ascenderé y cortaré el cabello. Mi trabajo es mi trabajo.

Me encanta... ¿qué más quieres que te diga?

–Yo voy a tener que venir seguido a peinarme los pelos que me van a poner... tal vez... vos... quieras... lavármelos.

–Es mi trabajo. Yo trabajo de esto y me encanta lavar pelos implantados porque requieren un cuidado especial.

–¿Masajes?

–Sí... y muchas sales, aceites humectantes, productos importados. Debo peinarlos siempre de adelante para atrás. Hacer un rulo y tirarles huevo fecundo de gallina.

–¿Con pollito?

–Sí, pero es tan chiquitito que no se ve. Es como una lagrimita blanca. Un hilito.

–...¡qué lindo!... ya quiero que me lo implanten.

–Implantarte pelo es como tener un hijo. Es algo que te nace de la cabeza.

–Y vos... me caíste tan simpática que quiero que seas la madrina.

–Dale... me encantaría. Lo lavaría siempre. Prometo mantenértelo en re buen estado.

Asilana, te amo. No puedo dejar de pensar en vos, aunque no sé si vos pensás en mí.

Voy a la Chevecha y me encuentro con Leandro, un chico que conocí a la salida de la peluquería. Asilana seguramente está en la peluquería trabajando sus 12 horas diarias. Yo no puedo dejar de pensar en ella. Quiero rescatarla de la explotación que tiene Cerini sobre ella. Siento que Cerini prostituye sus dedos masajeando cabezas desconocidas. Yo ya tengo mi cabello largo y puedo conquistar a pendejos como Leandro. Él tiene 25 y se piensa que yo tengo 31. Adivinó mi edad. Yo no tuve que mentirle, sólo asentí. Y está todo bien. En

nuestra primera cita él me propone tener un hijo pero yo ya tengo mi cabello comprometido con Asilana. Estoy confundida. ¿Qué mierda soy? ¿Heterosexual, bisexual o lesbiana? Gabriela me llama y me deja en el contestador una invitación para una fiesta en la casa de la Cuqui, y todas las que tenemos más o menos nuestra edad sabemos lo que eso significa. Orgía con los grandes vanguardistas de la época en que éramos jóvenes, y los nuevos poetas como Christopher Miles y Juan Moletti. Seguro que van a estar Casas, Cucurto, Aira (mi amante cuando tenía 33), Rubio, el galán de Alemián que sigue conquistando con su estética down. En fin, todos los poetas que me cogí para ascender en mi decadente escalera a la ruina: profesora de literatura de colegio secundario. Hoy en día me calienta más cualquiera de mis alumnos llenos de granos que esos viejardos tan viejos como yo. Quiero aclarar que no tengo nada contra los viejos. Aira me sigue calentando y María Moreno también. Creo que mi diario se está yendo a la mierda, pero es mi descarga. ¡Vengan, participen de mi mundo!

Borro el mensaje de Gabriela y me concentro en mi nuevo cabello. En Leandro y en Asilana. Leandro es un romance que, creo, será pasajero. Con él hablamos de discos y me pongo al día. En Asilana encuentro más a la madre de mis hijos que nunca tendré yo porque soy menopáusica, pero que ella puede tener, aunque ahora que me acuerdo tampoco puede tener. Igual podemos adoptar y, ¡qué mas hermoso que la adopción! Darle una nueva oportunidad a un niño abandonado y pobre. Castigado por el abandono de sus padres. Primero abandonado por su padre y luego por su madre que seguro cayó presa por haber intentado asesinar a su marido. Igual si lo pienso me gustaría visitar a la madre del niño en la cárcel para no perder contacto con la familia. Iríamos niño, madre y madre, a visitar a madre asesina o tentadora de asesinato. Seguro que el muy maldito del marido se lo merecía. Puedo imaginarlo pateándole

la panza a la pobre mujer, cortándole el vientre con un cutter para que lo pierda. ¡Qué inhumano! ¡Unámonos mujeres contra el asesino del hijo que algún día quiero adoptar con la chica que algún día quiero que guste de mí a pesar de que se entere que no tengo 40 sino 65 largos y solitarios años! ¡Sí, que alguien se una a mí!

Leandro es bueno pero salimos tres veces y no le puedo seguir el ritmo musical. Él está muy avanzado, es de otra generación. A pesar de que yo luzca de 31, tengo 65 y eso se siente. Pienso en César, mi gran amor de los 33. Con él nos pasaba lo mismo. Él escuchaba música Tontipop y a mí me parecía que él era un poco hueco. Igual lo amaba así como era. Escribía y escribe bien pero yo me he vuelto una mujer mucho más intelectual y quiero relaciones serias. Aparte él estaba casado, tenía hijos y yo era su segunda mujer. No pude soportarlo y lo de la música nos alejó definitivamente. Él estaba influenciado por sus hijas adolescentes y a mí me interesaba otro tipo de música. La música es muy importante en las relaciones. Bailar un lento, un rock, una cumbia. Todo es diferente y con él no podíamos bailar nada, porque el Tontipop no tiene ritmo. Por lo menos para mí. Bueno, esto es mi diario. El que no quiera leerlo que no lo lea, y punto. ¿No sabés quién es César? Buscalo en el diccionario por Aira, César.

Vuelvo a los tres días a la peluquería porque tengo problemas con algunos mechones que se me caen. Corro hacia las piletas a contarle a Asilana acerca de su ahijado y ella, haciéndome masajes y frotándome yemas de huevo, me los vuelve a pegar. ¡Qué madrina! Cada día que pasa estoy más loca por ella. Ya no soporto ocultarle mi edad pero tengo pánico de que ella deje de tener afecto por mí, que mis planes de adopción con ella no se cumplan. A los chicos del colegio les encantó mi pelo y ahora me tienen más en cuenta. Hacén

los deberes, no fuman porro, hasta escriben cosas que están más o menos buenas. Voy con rodete, o a veces medio gitana con el cabello suelto rizado por la trenza del día anterior. El director me tiró onda. Un alumnilo me tiró onda. Todo va bien. Todo está perfecto mientras Asilana logre que no se me caiga el pelo. Sus manos perfectas logran que durante una semana no tenga que ir a la peluquería. Estoy preocupada, la extraño y siento que me gustaría charlar más con ella, de otras cosas que no sean tratamientos de belleza. Pero tengo que ir al menos para tener la oportunidad de charlar. Tengo que ir. Se me ocurre que quiero ir simplemente porque siento que mi cabello está reseco y aparte las raíces ya empiezan a crecerme canosas. Entonces me doy cuenta que en realidad sí tengo una verdadera razón para ir.

–Hola –le digo a cara de caballo.

–Hola, sí. ¿Qué desea señora?

–Señorita –le aclaro– Necesito hacerme un baño de crema y teñirme las raíces.

–Bueno, cómo no. Los turnos están completos, espere sentada en los sofás.

–¿Cuánto tendré de espera?

–Y... unos 45 minutos. Pero ahí tiene auriculares para escuchar música funcional, televisión tridimensional y revistas interactivas.

–Bueno... espero.

Me dan el número 87. Desde los sofás de piel de vaca no se ven los piletos. Me siento y miro un rato una novela que pasan por la tele. Los besos que se dan los protagonistas son hiperreales. Yo me acerco al televisor para investigar la magia que hace que todo se vea 3D. Meto la mano adentro de la pantalla y es de un material líquido y gomoso. Por momentos

parece éter. ¿Será éter? Cara de caballo me mira y yo me hago la que estoy agarrando una revista. La imagen de la novela queda desformada por unos minutos. Luego se recompone. Las demás clientas que esperan como yo están dormidas. Cada una tiene su número en la mano grande como una pequeña pancarta de unos 20x15cm. Somos como quince. Están escuchando música funcional mezclada con calmantes que parece que te hacen dormir. Yo no me conecto por las dudas. Tengo miedo de quedarme dormida y que se me pase el turno. Aunque creo que te deben despertar. Me agarran ganas de ir al baño y voy atravesando todo el pabellón. De repente la veo. Al fondo, luchando con el cabello de una mujer que tiene permanente. Es divina. Después de una semana de no verla sigo sintiendo lo mismo. Amor, atracción y ganas de charlar. Creo que con ella es diferente. Con ella siento algo familiar, de pareja, como si alguna vez pudiéramos constituir una familia. Con chicos, gatos, plantas y todo. Niños... ¡qué hermosos me parecen cuando los veo! Si me los imagino sin ella los detesto. Pero las ganas que ella me transmitió de tenerlos me hace amarlos. Me quedo paralizada en medio de la sala de corte de cabello mirándole la boca que habla con la clienta. No llego a sentir celos de lo que puedan estar charlando. Una mujer con permanente no puede seducir a nadie, solo a un perro enrulado como Rulo, el perro de un amigo mío de cuando tenía 21. ¡Cuántos recuerdos me trae observarla y a la vez el tiempo se detiene porque deseo romperle la boca! De a poquito, suavemente. Una rotura cristalífica., de coral. Dos corales que se deshacen en la sal del mar del amor. Una de las empleadas pasa con el escobillón barriendo pelos y yo no me corro. Estoy detenida. Éter, somos la imagen de una telenovela real, pura, concreta. Su cuerpo está allí a unos 15 metros. Si extendiera mi mano siento que llegaría a tocarla. Verla... mirarla... observarla. Hurgar los pequeños detalles de su figura

1 metro 60. No pienso en que ella pueda darse cuenta de que la estoy mirando. Sin darme cuenta me empiezo a orinar allí mismo. Un charco se hace debajo de mis tacos. Sólo se moja el piso porque me olvidé (por suerte) de ponerme la bombacha y el pis se mezcla con la cabellera abultada y pelirroja de alguna clienta. Paso desapercibida. “Sigo mirándote mi amor. No me mires, dejame verte. Si te digo mi edad vas a pensar que podrías ser mi hija y no quiero. No, no lo deseo. Las reglas del mundo nos alejarían. Vos te alejarías. Te asustarías al ver que detrás de esta enorme cabellera falsa se esconde un cuerpo gordo y flácido que no te gustará. Nunca, nunca quisiera decirte mi edad. Me imagino tus hermosas manos llenas de juventud surcando mi panza y me lleno de timidez. Bombón, princesa trabajadora. Laburanta. Vos me lo dijiste: este es mi trabajo. Nunca te tocaré, ni te haré daño. Mi amor hacia ti es así... Soy feliz de verte, de que me hagas masajes. De ser una parte de lo que más te gusta hacer: trabajar. Ser tu cabeza conflictiva que te lleve a superarte y a ascender. La del escobillón me pide permiso y yo vuelvo a los sillones. Veo cómo hace fuerza para empujar con la escoba el pelirrojo pelo meado. Como no puede moverlo decide hacer la pila de cabello allí mismo para ser juntado por la palita, en la pirámide de mi amor peluquero. Las mujeres orinamos sin olor.

¡Gracias planta! Que Dios te tenga en el cielo, porque mi pecado me llevó hacia Asilana. ¿Me mentiste al decirme tu nombre? Ahora que lo pienso es tan raro. Mis alumnos tienen nombres raros, de plantas, animales, minerales, estrellas, combinaciones de plantas y animales, frutas con estrellas, etc. Pero el tuyo, ¿Asilana? ¿De dónde lo sacaron? Me suena a nombre artístico, de artista plástica. Vos sabés y yo lo percibo en la agilidad de tus manos que serás una reconocida peluquera. ASILANA NO SÉ QUÉ. Por tus rasgos parecés de

la Unión Económica Europea. Pero, ¿qué hacés aquí en el tercer mundo? Allí trabajarías para las grandes cadenas de peluquerías, esas que tienen locales de 5 pisos, llenas de espejos y salones de maquillaje gratuitos para las clientas mas asiduas. Lugares que no conozco pero que los vi en la televisión. Llega mi turno luego de haber tenido más de 20 charlas mentales con ella. Me siento y ella me dice:

–Azabache 245. Baño de crema Loreal 34, 4 huevos sin cáscara. ¿Qué tal?

–Bien, muy bien. Me siento re bien con el cabello.

–Pero... a ver. Veo que aquí lo tiene... un poquito dañado –me dice tocándome las puntas–. Es muy pronto para que estén así. Les haré un tratamiento de emergencia.

–¿Se ve muy mal? Asilana era tu nombre ¿no?

–Sí. No se ve mal... sólo una especialista como yo lo percibe. Yo tengo muy buen ojo, sé dar muy buenos diagnósticos.

–Ahá...

Asilana sabe reconocer todo acerca del cabello pero no comprendo cómo no se da cuenta de que mis raíces pertenecen a una mujer de 65. Tal vez no quiera herirme. Tal vez yo luzca de 70. ¡Qué pocos años me quedan para los 70! No los voy a festejar. Como no festejo ningún cumpleaños. ¡Qué lindo es ver su rostro cuando no se agacha para mejorar mis puntas! No me reconozco apreciando tanto la belleza de la naturaleza, porque ella es un ser puramente natural. Ella es una escultura de mármol en perfecto movimiento hecha en el siglo XVI. ¡Qué memoria que tengo!

–Yo... sabés... pensé que tal vez tu nombre era artístico.

–Mire usted... digo vos ¿no?

–Sí, te dije que era una señorita –le contesto.

–Sí, es mi nombre artístico.

–¿Y cuál es tu verdadero nombre?

–Ese no lo digo. Es vulgar... no tiene importancia. Yo soy mi trabajo. Una artesana.

–¡Una artista!

–Aún no. Para eso tengo que superar la prueba de las tijeras.

–Y... ¿quierés pasarla conmigo?

–No... todo tiene su tiempo, no hay que ir tan rápido.

–¡No! Claro. Pero si algún día... cuando te llegue el día... necesitás una cabeza, contá con la mía.

–Gracias. Por ahí te haría un leve retoquecito en el flequillo. Así... –y me levanta el pelo.

Yo la detengo tomando su mano con la mía para que no me vea el rostro.

–El flequillo no me tienta tanto. Tal vez un toque en las puntas. O todo lo que quieras del cuello para abajo.

–¿De qué tenés miedo...?

–Fernanda.

–Sí, ¿de qué tenés miedo? ¿De que me de cuenta que no tenés 40?

–...

–Sé cuántos años tenés. Lo vi en tus raíces. Lucís de 40 pero yo sé dar los mejores diagnósticos y sé percibir la diferencia del pelo de un bebé de 8 y de 10 meses. ¿De qué tenés miedo?

–Estoy aterrada del ojo que tenés.

–No te preocupes, no le voy a decir a nadie que tenés 65. Seguro que la que te tiñe tampoco se da cuenta. Ni siquiera Cerini.

–¿Y a vos no te aterra que debajo de esta peluca que me pusieron...

–... pelo implantado.

–... se esconda una mujer tan mayor?

-¿Mayor con respecto a qué? La gente vive hasta los 130 años. Estás en la mitad de tu vida.

-Mayor con respecto... por ejemplo a alguien de... treinta y pico.

-No, para nada. Yo salí con una mujer que ahora tendría unos 83. Y no había casi diferencia de edad.

-¿Eso es grave o no?

-¿En qué sentido?

-Que no se note lo que una vivió... es decir... eso de que la sabiduría viene con los años.

-Depende. Mirá, si yo te hago tocar dos cabelleras diferentes nunca podrías decirme cuál tiene qué edad o qué cabello necesita un tratamiento determinado.

Asilana me aterroriza y me apasiona. Mi libido baja un poco al verla tan inteligente. Yo antes creía que yo sería su protección intelectual. La cabeza que la llevaría a la fama. Me sentí como un hombre prejuicioso y mis años de feminismo '90 quedaron por el piso. Aparte me doy cuenta de que ella no me necesita, que con su ritmo de tortuga llegará mucho más lejos que yo, ascendiendo de a poco en la escuela de Cerini. Yo quise sentir que podía darle una mano y ella me la tendió a mí, dándome la limosna de su cariño al decirme que estaba en la mitad de mi vida. Pero ahora que la conozco siento que, más que estar en la mitad, hace unos meses volví a nacer, a pesar de que mis raíces sigan siendo de 65 años.

Asilana es un mujer muy controlada y, por lo que voy viendo a través de sus tratamientos y las charlas que entablamos en la peluquería, muy obsesiva. Ella me contó que de niña era muy pobre y que sus hermanos (17) vivían siempre con liendres, piojos, el cabello todo sucio y enmarañado por el viento de la montaña. Ella era de La Rioja, de la tierra de la papa y la cebolla. Del vino. Mmmm... ¡qué rico el vino riojano! Toda la familia, los 18 (porque el padre los abandonó) trabajaban

dentro de inmensas fuentes haciendo vino patero. Allí en las bateas fue donde nació su obsesión por el cuidado del pelo y... en el momento que comienza a contarme todo corto de cuajo la conversación porque ya me tiene re podrida.

Mi amor hacia ella es inmenso, pero creo que ya me aburrió por hoy, así que le digo que me tengo que ir, que terminemos rápido, que vuelvo otro día para completar el tratamiento.

—Sabés... —me dice ella— te parecés mucho a mi mamá. Y ella era una gran mujer.

—Buenísimo... chau —y huyo del agua con el cabello todo mojado hacia la sala de tinturas.

La mujer que me va a teñir no me gusta. Me trata como si yo fuera una cosa, como si mi cabello no fuera mío. Ella reconoce que era de otra clienta, que le resultaba simpática y que se lo cortó por el asco que le había dejado una experiencia con un violador. Ahí entendí por qué mis postizos eran desparejos. El hombre se los había arrancado a jirones y la que me atendía no simpatizaba con mi cabello.

—No es mi culpa —dije.

—Sí, ya lo sé... disculpe señora. Olvídense de todo, su pelo es hermoso, lagrimeante.

Pero... si yo me sentía bien con él. Me había ido bien con él en la vida. ¿Por qué Asilana no me lo había contado? La teñidora me adivinó el pensamiento y me dijo:

—Yo soy la única que lo sabe porque la rapé y traje su cabellera sin contar nada acerca de su procedencia.

—¿Y qué me recomendás?

—Te queda bien. Vos podés llevarlo. Cuando te vi y escuché que querías implantarte pelo yo lo propuse como candidato. Me pareció que tenía algo que ver con vos.

—¿Me ves cara de triste?

—Te veo cara de confundida y así estaba ella. Con toda

la garganta ultrajada. Con todo su cuerpo golpeado.

-¿Y qué fue de ella?

-Se volvió loca por el cabello.

-¿Sólo habla de eso...? -pensé en Asilana -¿Ella trabaja aquí?

-...

-¿Es Asilana no?

-Sí, es ella. Pero nunca le digas nada. Ella está muy contenta de que seas vos la que lo lleva puesto. Le gusta cuidártelo, no la abandones. No te lo cortes hasta que se te caiga.

-Pero...

-¿Pero qué?

-No sé qué iba a decir.

-No digas nada. Sólo calla. Haz como si no te hubiera dicho nada. Sólo recuerda: atendete siempre con ella.

-Ella es divina, pero sólo me habla de tratamientos... yo no doy más.

-¿Estás enamorada?

-¿Por qué debería contarte acerca de mis sentimientos?

¿Qué es esto? ¿Una peluquería o un encuentro de solas y solas?

-Todo el staff sabe lo que pasa entre ustedes. Ella te espera, pregunta por vos.

-Pero hoy me dijo que yo le hacía recordar a su madre.

-¿Y? ¿Qué tiene?

-Me parece raro. ¿Cómo puede estar enamorada de su madre?

-Dijo que te parecías y su madre murió cuando ella tenía 10 años.

-Estoy cansada... teñime que me quiero ir a casa a pensar.

-Sí, comienzo. Pero no dejes de volver. Ella te necesita y tu cabello la necesita a ella.

En el día de hoy escuché más de 20 veces la palabra cabello, 15 la palabra pelo, 9 tratamiento y no sé cuántas

palabras más. A pesar de que ahora sé que Asilana me quiere o no sé, que quiere a su cabello o a su madre, estoy desilusionada con ella y eso me duele muchísimo. Me enchufaron las manos de un violador en mi cabeza. Todo esto me trae a recordar que el otro día soñé que me acostaba con un niño de 8 y que era maravilloso. Era un travieso de la calle, ladrón. Tenía un pene pequeño pero, en comparación de su delgadez, era inmenso y me hacía gozar mucho. Lo había llevado a mi departamento. Después de coger él se fue corriendo con unos vendedores de flores. De esos que venden en las esquinas. No me robó, sólo me pidió plata y yo le di 20 pesos. Creo que la cosa con el pene me gusta mucho. ¿Por qué lo dejé atrás a Pedro? Quizás él era el hombre de mi vida. Y me gustaría saber si el sueño que tuve con el niño tiene alguna relación con la fantasía de Pedro y la enfermera en el hospital, ya que con los dos acabé y la forma del choricito era bastante similar. No sé que hacer: Carmen, una mujer madura; Pedro, un travesti; Asilana, una jovencita dulce que me hace feliz con lo único que tiene para darme: amor capilar.

Lo mejor es reconcentrarme en el colegio. Volver a integrarme con mis compañeras de trabajo y seguir siendo la solterona del grupo. La gordi, la amargada de los gatos. Comenzar a almorzar con ellas en la sala de profesoras. Charlar de los chicos, de notas, de pinturas de uñas, de planillas. Hablando de planillas... hace un mes que no las hago. /

Estoy en casa. Veo el equipo nuevo, los almohadones de leopardo, los discos que me compré y que no llego a cazar y me deprimó. Me sirvo un whisky, miro por el balcón y extraño la planta que me había regalado Gaby. ¿Qué hago con esta pelambre rizada que me llega hasta la cintura? Me miro al espejo y me hago un rodete gigante, tupido. Me pinto con base casi transparente, blanca, para ser más blanca de lo negra

que soy y parecer mas viejita. ¡Qué complejo que tengo con la edad! Tengo un mambo tremendo con los números. Tendría que haber estudiado matemáticas. Pero era muy difícil para mí. Por ahí si hubiera estudiado eso hoy estaría casada con niños y nietos que usan trajecitos rosados y camperitas de polar. ¡Qué antigüedad! Hoy se usa el neón que es abrigadísimo aunque, para mi gusto, horrible. Me voy a dormir y comienzo a soñar después de haber estado 3 horas despierta. Entre sueños siento una voz que me dice: "Mujer, libérate. Sal de esa prisión que te has armado alrededor de tu imagen física y tu edad. Sé libre. La vida no es eterna. Búscala. Cásate. Ten hijos como puedas. Cómprate óvulos. Implántatelos y reza para que crezcan bien. Arriégate. Juégate por algo, por alguien. Tu indecisión te va a ahogar. Ven, soy tu ángel de la guarda. ¿Te acuerdas de lo amigas que éramos? ¿Recuerdas la estampita que tenías de mí, con los dos niñitos de la mano? Vos eras la de la izquierda y tu amor era el ser de la derecha. Yo haré que se den la mano y allí podrán caminar solas. Y vos le darás nuevos angelitos a tus hijos y a tus nietos. Nosotras también queremos reproducirnos. ¡Dame un hijito, dame nietitos!" Me despierto, toda transpirada y sudando, de una pesadilla tremenda. ¡Hijos! ¡Qué horror! ¡Óvulos comprados en una casa de remate con nombres de peces y códigos! ¿Que me los metan con una jeringa por la panza? ¿Que se desarrolle dentro de mí una criatura desconocida que no podré controlar? ¿Y si después me dan ganas de matarlo? Imposible, un bebé es imposible. Por más amor que sienta. No bebés. Si son de ella tal vez, y yo ser la tía no querida o el padre que les hace feas caras.

-Oh... ¿qué me pasa? Si yo no soy tan mala.

-Es verdad, vos sos buena y sos alegre -me contesto.

-Pero... ¿por qué siento estas ganas de tragarme una bomba atómica?

-Culpa.

-Pero decime estúpida... ¿de qué?

-Primero, no me digas estúpida si querés mejorar algo con vos misma. Segundo... ¡yo qué sé! Pero es culpa de algo relacionado con sentirte bien. Con la prosperidad.

-Dale... salgamos. ¡Caguémonos de la risa! Ja ja ja, Jája jája jajajá.

-¿A dónde?

-Decime vos que sos el inconciente, que todo lo sabe.

-No, al revés. Yo soy la sabiduría oculta hasta de mí misma. Soy una cacerola llena de puchero. No me confundas. Bastante me cuesta interpretarme para que vos entiendas algo.

-¿Somos una fragata sin rumbo?

-Y... más o menos...

-¿Hace cuántos años que digo que tengo que cambiar?

-... ¿50?

-¿50, qué numerazo! Por Dios. ¿Cuántas noches de rezar lo mismo?

-50 x 365 más o menos.

-Una bocha loca. ¿Y todo para qué?

-Dejaste de fumar...

-Sí, tenés razón.

Una noche más hablando conmigo misma. ¡Qué aburrimiento! ¡Cómo me aburre hablar conmigo! Siempre digo lo mismo, con un hielo apretado en mi mano izquierda que hace que sienta que estoy llorando o desangrándome. Perdiendo la vida. Perdiéndola cada día. Mañana voy y le propongo casamiento a Asilana, me inyecto los óvulos y me dejo de joder. En otra época hubiera dicho "me dejo de coger", pero ahora es simplemente salir de otra rutina que es hablar conmigo misma. Hacer llorar al cubito de hielo, frotándome los ojos para que me lloren los míos de una buena

vez. ¡Qué ganas de llorar como una adolescente de quince!

Voy al colegio y lo primero que hago cuando veo a los chicos es largarme a llorar, con pucheros y todo. Con mocos a todo vapor. Una gota es mi cara. Mi carita, porque en el fondo sigo siendo una niña. Una niña sola que sueña con casarse y todo eso. Todavía tengo guardado el ajuar de bebé que comencé a juntar de joven. Ahora son casi piezas de colección que podría vender carísimas. Pero, ¿por qué no me desprendo de ellas? Les digo a los chicos

–Chicos, pronto voy a ser madre.

–¿Qué? Usted... podrá...

–No sé chicos, pero tengo que hacerlo.

–¿Y tiene novio?

–Algo así...

Inseminación artificial

Me hago los análisis y todo da perfecto. No elijo el feto, el niño. Les digo que me pongan cualquier óvulo y cualquier espermatozoide. Les pido que quede algo lindo. Y los doctores se reúnen durante dos largas horas mientras yo tejo en la sala de espera. Las madres que me acompañan son jóvenes lesbianas, bellísimas. Yo les aclaro que soy hétero (no sé por qué se me da por ahí). Sale Patricio, mi Doctor. Me hace entrar y me dicen que ya eligieron, que va a quedar un bebé muy lindo y tranquilo. Yo les pido que no sea down. Ellos me dicen que no, que será muy brillante. Yo les pido que no sea demasiado brillante. Ellos me dicen que tenga confianza, que va a estar bien. ¿Color de pelo? les pregunto. Ellos, Patricio y sus asistentes, me dicen que todo va a estar bien, que me va a gustar.

–¿Y? ¿Cuándo lo hacemos?

–Ahora mismo si usted quiere.

–Sí, ahora. Antes de que me arrepienta.

–Bueno, yo le aseguro que llevar una vida y ver nacer una vida y cuidar una vida...

–Hagámoslo ya que me estoy arrepintiendo. Pero lo quiero tener. Ya tengo el ajuar.

–Bueno señora –no les aclaro que soy señorita. –Pase por aquí.

Y me llevan en silla de ruedas por un pasillo largo. Cruzamos puertas y puertas como en la cárcel, pero puertas vaivén que no llevan llaves. Con ventanas redondas que me quedan muy altas porque estoy en la silla. Luego de 5 puertas, doblamos a la derecha y me llevan al baño de damas. Hago pis y me vuelven a meter en la silla. No sé por qué, porque cuando entré podía caminar, debe ser que temen que por los nervios se me aflojen las piernas.

Entramos en una sala color celeste muy linda. Con obras de arte muy caras, originales. Yo distingo un Berni. Es la obra social de la CETERA y mirá vos, tienen un Berni. Se lo deben haber donado porque nunca hubo un mango en la obra social. Yo no sé cómo no lo venden y mejoran la sala de espera que es bastante chiquita.

–Bueno, ahora Señora.

–Señorita. –esta vez sí lo aclaro porque no me banco que me digan Señora.

–Bueno. Señorita...

–...sí, muy bien... ¿qué?

–Ahora comenzaremos con la implantación del óvulo. No le dolerá porque no duele. Usted se tiene que concentrar en mis palabras. ¿Le quedó claro?

–Si, más o menos. Pero siga.

–Bueno, concéntrese. No le va a doler, no le va a doler,

no le va a doler— y saca una jeringa del tamaño de una mano— no le va a doler. No le está doliendo para nada. ¡Uh! ¡Qué fuerte es la señorita!

—Aaaahhhh... remil hijo de putaaaa... esto duele más que la mierda dura.

—No. Es todo psicológico. No le duele. No le está doliendo.

—Aaaahhhh... remil hijo de putaaaa... esto duele más que la mierda dura.

—Si me dice hijo de puta va a ver lo que es el dolor.

—No, está bien... a ver... si... no siento nada... ¡qué agradable cosquilleo!

—¿Ve?... le dije que no dolía.

De repente siento cómo una piedrita se incrusta en mis carnes blandas. Ese debe ser el óvulo.

—¡Lo sentí! ¡Sí, lo sentí! —le digo.

—Eso que sintió es la aguja. Ahora liberaremos el óvulo para que se asiente en el útero. No lo va a sentir. Sólo puede emocionarse cuando yo se lo comunique. Ahora. Ahí salió. Cuente hasta tres y será fértil.

—Uno, dos y tres. ¡Fértil otra vez! —cuento yo.

—Bueno, ahora vienen los muchachos desesperados que se agitan en esta otra jeringa. ¿Los ve? Alguno de estos será el padre de su futuro hijo.

Miro la jeringa y me da asco.

—Suspendamos todo. Me da mucho asco.

—Ya está, es sólo un pasito más. Está ahí de ser MADRE. De comenzar a festejar con todas las madres del mundo el día de la madre.

—Bueno siga... pero yo no miro. No me hable, no me diga por dónde van o si llegaron. Siento que esto es casi una violación ¿Alguien le preguntó a ese pobre óvulo si quería ser fecundado por una horda de desconocidos?

–No. Pero así es... óvulos y espermias son inconcientes.
–¡Qué horror! Siga nomás...
–Bueno, ahora tomamos...
–¡Le dije que no me dijera nada! No quiero ni mirar –y cerré los ojos bien fuerte. Pensé en Asilana... su hijo.
Pasan 5 minutos y me dice:
–Listo, ya está. Mañana se hace un test de embarazo y si desea abortarlo aquí ofrecemos el servicio.
–Bueno, chau.
–La llevamos en la silla.
–No, puedo sola. Si quiero abortar, ¿a qué hora vengo?
–A partir de las 8:30 am.
–Bueno, chau. Ya aboné así que no se tomen molestias por mí que estoy perfecta.

(Llego a casa y me sirvo un whisky. Si con eso lo aborto es que no debía ser, porque yo no pienso dejar de beber en todo el embarazo.) Salgo al balcón y riego las plantas como nunca. Les hablo a cada una, las acaricio, les digo frases lindas como: “¡Qué lindas hojitas me está dando mi potusito”. Raramente me siento feliz, alegre. Entro y me miro al espejo. Estoy sonriendo. Me suelto el pelo y me lo pongo hacia un costado. No me lo cepillo, simplemente lo acaricio con la palma de mi mano, (como si fuera el pelo de mis muñecas.) Me pongo crema en la cara, me perfumo con el único perfume (no colonia) que tengo que me lo regalaron hace 37 años: Calvin Klein. Me miro al espejo y me digo “Linda” “Mamá”, pero igual hasta que no me haga el test no sé nada, por ahí no funcionó. Por ahí mi útero no resista el peso del bebé. Pero sí lo resistiré, porque lo siento, aquí, en la panza. No tengo sueño pero creo que tengo que dormir. Me acuesto en la cama y miro las sombras que proyectan los árboles de la vereda sobre el techo como todos los días. Se mueven como

siempre pero hoy logro sentir que no necesito que me hablen. Hoy no intento comunicarme con ellos. Los saludo “Buenas noches arbolitos, los quiero, por acompañarme todos estos años”. Cierro los ojos y siento un calor, como una estufa en el vientre. ¡Se ha hecho la vida en mí!... eso espero. Me duermo y sueño que bajo al infierno y allí están Dios y el demonio discutiendo. Dios es de hielo y humo blanco, el demonio es de fuego, rojo, bajito, y de humo negro. Tiene el infierno hecho un lío. Seres humanos tirados por todas partes, colillas de cigarrillos, botellas de whisky, fernet, cerveza. Drogas, jeringas. Todo es horrible, menos la botella de whisky que no sé qué hace allí. Bueno, el sueño sigue así. Dios y el demonio discuten, yo me acerco por detrás de unos muertos que cogen y me oculto detrás de un fuentón lleno de ropa sucia. Intento escuchar. Se mezclan las voces de los dos porque ambos gritan al mismo tiempo. No distingo lo que dice Dios y lo que dice Lucifer. ¿Será un problema de veredicto lo que están discutiendo? Me acerco un poco más y escucho algo acerca de un robo que hubo en el cielo. Ahí captó la frecuencia y entiendo todo. Parece que ayer a la tarde “alguien” se robó todo del cielo. Minicomponentes, computadoras, joyas, máquinas de fotos. Todo menos plata, porque ellos no la manejan. A esa la manejan en la tierra. Bueno, Dios fue a buscar sus cosas, pero el demonio no se hace cargo y Dios no quiere transar en darle algo a cambio para que el otro le devuelva todo (si es que él las tiene). De pronto suena el despertador y me desperezo sonriendo. ¿Qué mierda me pusieron estos que me despierto feliz? Voy al baño, agarro el test y lo meto adentro de la orina. Espero 5 segundos y se marca una línea fucsia. ¿A ver qué significa? Busco en el prospecto y veo que todas las líneas son fucsias. Pero ¿cómo será esto? Con la tira en la mano sigo leyendo y la diferencia de los fucsias es lo que determina si una está o no embarazada

¡Qué complicado! La apoyo sobre el prospecto y comparo los colores y cuando llego al que es igual que el mío dice: EMBARAZADA. Me largo a llorar y me empiezan a agarrar convulsiones de llanto intermitentes. Me miro el estómago y digo:

—Hola, quien sea que esté allí —desde adentro me responden.

—Hola mamá.

—Hola... ¿cómo te llamás?

—No sé. Todavía no me pusiste el nombre.

—Ah... sí claro, te voy a llamar Maxi, hasta que nazcas. ¿Cómo está todo por ahí?

—Bien... bastante bien. Blandito.

—¿Flácido?

—No sé que significa flácido... quiero decir que estoy bien, mamá.

—Bue... qué bueno. Me alegro por vos.

—Gracias.

—Bueno, no creí que ibas a hablar tan rápido.

—Yo no sé cómo es no hablar.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo venís hablando?

—Desde el momento en que me produje. Ayer.

¡Dios! El niño es peor que yo. Habla solo como yo. Es medio obsesivo. Espero que por estar ahí adentro no me lea los pensamientos. Parece medio insoportable. ¡No! Son mis miedos. Tengo que trascenderlos, seguir en mi estado de felicidad con Maxi. No pienso en abortar y menos ahora que ya hemos hablado y sé que es un ser humano. Podría matar a alguien que ya puede matarme como alguien grande de 5, pero no a un bebé. Y menos a uno que me habla desde adentro de mi panza.

—¿Maxi...?

—Sí mamá...

-¿Sos varón o nena?

-A ver... no sé, por ahora soy una boca, un ojo y sentimiento puro.

-Y razón. Si no no hablarías.

-¿Cómo?

-No, está bien, entiendo. Pero... entonces aún no te puedo decir Maxi.

-No, sí. Puede ser de Maximiliano o Maximiliana.

-Pero ojo que después... si llegás a sobrevivir... tengo que consultar con tu futuro padre tu nombre definitivo.

-¿Y ya sabés quién será?

-Y... tenés que ayudarme a elegir. Yo te los voy a mostrar y quiero que me digas qué te parecen. ¿Ves para afuera?

-No, pero vos me vas contando.

-Ah... no. Eso me da mucha fiaca. No sé qué me pasa, creo que voy a vomitar.

Voy al baño y vomito un líquido amarillo mezclado con papas fritas. Bueno, así es ser mamá. Todo por el niño. Siento unas ganas tremendas de salir corriendo a ver a Asilana. Pero los vómitos no cesan y me da miedo hacerlo delante de ella. Llamo al colegio y doy parte de enferma.

-Colegio San Alberto, buenos días -me atiende la secretaria.

-Hola estoy enferma, con vómitos.

-¿Quién habla?

-Fernanda Rosetti.

-Ah... Señorita Rosetti. No se preocupe que hoy justo hay huelga.

-Bueno, no creo que pueda ir mañana, ni pasado. Estoy muy mal.

-Un momento que lo consulto con la directora, si es que vino -me deja esperando en el teléfono. -No, no vino. No se

preocupe, yo la autorizo y le dejo una notita a la directora para cuando vuelva. Si es que vuelve antes que usted.

-¿Le puedo pedir un favor?

-Sí, diga.

-Si ve a los chicos... dígales que los quiero.

-Bueno.

-Bueno...

-Bueno. ¿Qué mas quiere?

-Bueno. Nada, chau.

-Chau.

¡Qué mina más seca! ¡Por Dios! ¡Y qué uso desproporcionado (por suerte para mí) que tiene de la autoridad! ¿Qué habrá significado el sueño del cielo y del infierno? Yo estaba allí. ¿Por qué yo estaba en el infierno? ¿Será que nos moriremos pronto Maxi y yo? Pero yo estaba viva, pude sentirlo. Por mis venas corría la más hirviente sangre que pude haber sentido. Recuerdo cuando salí con uno de los reyes del cuarteto y volé, volé muy alto. Hasta el cielo, no al infierno. Bailando, me sentía libre de mis flagelaciones que me impedían ser feliz. Aún no logro ser feliz. Aunque Maxi hoy sea ese hilo de pasión que me faltaba. La calma luego del orgasmo más feroz. Mi vientre reverdece y dará un durazno hermoso, gordito y alegre, que llorará los primeros tres meses y que se irá haciendo cada vez mas dulce y maduro. Espero que me dé nietos, aunque él es mi hijo, mi nieto, mi vida, mi amante, mi sueño. El impulso por vomitar cesa y me siento más fuerte que nunca, como si hubiera vomitado mis años de soledad más profunda. Años de dormir sola. Abandonada, tirada en la cama como una morsa fuera del agua. Como un lobito marino que se retuerce en las mandíbulas de una orca. Porque siempre sentí que no merecía vivir con alguien. Yo, que siempre soñé con ser un gato libre que camina con hermosas botas por las calles

esperando el amor, me hice un animal que no sabe caminar en la tierra y que le teme al agua. Nunca me sentí un ave. Porque para mí volar es estar loca y ¡qué infierno más grande que vivir en la locura! Bueno, muchos animales y yo, un ser humano, plagado de gusanos. Pero ¡Dios! que ninguno de ellos llegue a mi bebé. Él ya es maduro, ya habla, ya siente, ya me sabe dar consejos. Él merece lo mejor de mí e intentaré dárselo. Porque él lo merece. Porque alguien caritativo supo vender su óvulo y su esperma para que yo, la marginada de mí misma, pueda sentir esta felicidad ventral. Este calor que no me provoca sueño sino inquietud por la vida. ¿Cómo será su carita? ¿Será negro, rubio? ¡Qué será Dios! Qué intriga. 9 meses de espera que no sé cómo haré para paliar.

Son las tres de la tarde y no tengo sueño. Me siento bien como para ir a la peluquería pero de repente suena el teléfono. Es Rafael... ese novio del que hablé antes que quería tener un hijo conmigo. Mi último amor. El que me ofreció encarecidamente que tuviera un hijo con él. ¡Qué casualidad! Hace 25 años que no me llamaba y justo hoy lo hace.

–Hola.

–Hola... ¿Rafael?

–Sí... soy yo.

–¿Qué hacés?

–Bien, ¿vos?

–Bien...

–¿Qué significan esos puntos suspensivos?

–Siempre sabés descubrir todo de mí...

Más puntos suspensivos... –Desde que nos separamos no dejo de pensar en vos... ¿y vos?

–Yo... no sé... ahora estoy...

–Enamorada.

–Más o menos.

–Siempre con vos es más o menos. Pero hay algo que me estás ocultando.

–Puede ser...

–Decime... te escucho. Ya no me espanto de nada con vos. Es más, no se qué has hecho estos últimos 26 años.

–Yo... yo... me inseminé.

–Ya lo sé.

–Pero... pero, ¿cómo?!

–Me llamaron del banco de esperma.

–¡No!

–Sí. El hijo que llevás es más mío que tuyo.

–No. Maldito, es mío.

–Sí, claro que es tuyo. Pero mi esperma te esperó 26 o 25 años para llegar a tu ser.

–¡No lo puedo creer! Decime que estoy soñando.

–No... si no ¿cómo sabría que te habían implantado?

–No sé... por favor no juegues conmigo.

–No juego. Y si lo hiciera sería menos de lo que vos jugaste con mi corazón. Yo te amaba. Te amo.

–¿Y estás solo?

–Soy viudo.

–¿De hombre o mujer?

–De... ¿qué te importa?

–Me importa. Pero yo... creo que ya tengo un padre para mi niño.

–¿Sí? ¿Y cómo se llama?

–No importa.

–Decime...

–No, no importa.

–Dale, decime.

–¡No! Te dije que no importaba.

–¿Para quién? A mí me importa saber quién va a ser el padre de mi hijo.

-Mirá, si ni me preguntaste el nombre del bebé. ¡Qué te va a importar!

-Decime los dos nombres.

-Asilana y Maxi. Y no te voy a aclarar quién es quién.

-...¡qué te hacés!

-Nada. Es por mantener la integridad de mi familia.

-Ahora te voy a hacer tu pregunta crucial: ¿Te da bola el padre de tus hijos?

-Y... más o menos. Todavía no sabe que lo será pero se pondrá muy content...

-Ahá...

-¿Qué?

-Nada, nada...

-¿Qué? Mierda.

-Nada, yo también me hago el sospechoso.

-Bue... dale. ¿Qué más querés?

-Quiero decirte que te amo, que te cases conmigo. Que tengamos ese hijo juntos. Que de una vez por todas estemos bien. Que hagamos otra vida. Yo ahora gano mucha plata. ¿Querés saber cuánto?

-No...

-Mucha. Y me va cada día mejor. Tengo una casa hermosa. Estoy soltero. No salgo más con chicos. Todo legal.

-Pero... yo...

-Ya sé no me querés....

-Sí... y no... y no sé.

-Estás igual. Siempre igual.

-Si no me viste. Estoy más gorda y vieja, y tengo el pelo negro y largo.

-Mmmmm...

-No te hagas ilusiones.

-Yo sigo con la misma...

-Ay... no. Chau.

Y corto. Vuelve a sonar el teléfono y no atiendo. Me deja un mensaje en el contestador diciéndome que si quiero hablar lo llame al 6489300302-2-8877. Me siento mal, mi incapacidad de amar es tremenda. Sé que no llegaré a nada con Asilana ni con nadie. Le diré a Maxi quién es su padre espermático. Le explicaré lo que es un esperma. Pero yo no puedo amar. No puedo. Estoy sola. ¡Que alguien me saque de esta cárcel de soledad! ¡Ya! ¡Hoy!

Ahora tengo las fuerzas para ir a ver a Asilana a pesar de que la charla con Rafael me dejó re mal. ¿Aún lo amo? Pero si hace 5 minutos dije que yo no podía amar. No, no lo amo, sólo amo intermitentemente. Como un relámpago. Como una lluvia de verano. Así es mi amor, viene y se va. Riega con fuerza y se aleja hacia otros lugares lejanos. Va de pueblo en pueblo. Me siento Evita en una campaña electoral que va amando al pueblo, sin coger. Sólo saludando con la mano. Diciendo siempre "Adiós, los amo". Y luego llegando a su casa llorando con la imagen de todos esos rostros pero en versión film. Yo veo todo en película y la vida se me ha ido escapando por querer tenerla toda. Lo único casi real es Maxi, porque... ¿dónde vieron un feto que hable al segundo día de estar fecundado? No sé si es un invento mío. Pero el test lo dice y yo lo escucho, yo hablo con él, lo juro. Es verdad. Sí, es real y vuelvo a sentirme feliz. Sí, soy feliz. A través de las palabras reordené mi cerebro acompasándolo con mi corazón y ahora soy muy feliz. El niño. El niño. El niño o la niña, me hace feliz. No quiero que nazca, quiero que se quede a vivir dentro mío, para siempre. Que me charle, que me dé su calor de hijo. Pegado a mí, en mi vientre. ¡Quedate Maxi!

-No puedo mamita. Tengo que salir alguna vez. Tu vientre algún día me quedará chico y la vida me impulsa a crecer.

-Sí, ya lo sé -contesto llena de lágrimas.

-Yo te voy a querer siempre, y cuando sea adolescente, no voy a tener conflictos con vos.

-Bueno... gracias. Eso me hace bien. Maxi...

-Sí mamá...

-Ayer tuve un sueño hermoso.

-¿Qué fue?

-Estaba en un recital y tiré a un joven que me había querido empujar a un barranco. No se quebró. Sólo se cayó. ¿No es bueno eso?

-¿Sólo eso mamá?

-No, la parte más linda era cuando había un recital de un gran escritor y él, él le decía a todo el público que yo... yo era una gran escritora. ¡Yo, mi amor! ¿Te imaginás Maxi? Tu mamá. Pero no sólo decía una gran escritora sino que decía que escribía con el corazón.

-¿Qué lindo sueño mamá!

-Sí, fue lindo. Yo me sentí muy avergonzada y quise tirarme por el barranco junto a un pogo tremendo de chicas y chicos que gritaban enloquecidos por un grupo de música que venía después. Igual nadie me conocía, por suerte. Pero qué digo Maxi...

-Lo que sentís.

-Sí pero eso... ¿basta?

-¿Basta para qué?

-Para nada, nada.

-No entiendo.

-Mejor.

-Sí, mejor. Estoy feliz.

-Yo también.

-Nunca antes me había sentido tan feliz.

-Yo no sabía lo que era sentir.

-Bienvenido mi delicioso Maxi al maravilloso y despiadado universo de los sentimientos.

-Ma... se te está yendo la mano. Te estás volviendo un poco ploma.

-Sí, tenés razón. Dejemos de charlar.

Una vez, yo quise ser cordobesa. Soñaba con tener acento cordobés y vivir bailando cuarteto. Ir a la tierra del baile sin fin. Nunca lo hice. Ahora iré a prostituirme, otro de mis sueños no cumplidos. Y creo que tendré posibilidades. Me encanta soñar que me llevan en autos extraños, con tapizados perfumados. Viendo los programas de tv que les guste a los clientes. No sé, conocer... otros horizontes afilados, como cuando el cielo está celeste y el mar azul y se hace una línea que te mata, que te hace llorar. Me tomaré 5 días de vacaciones y me iré a la playa. A Mar del Plata, esa ciudad tan antigua y romántica. Ahora que está por comenzar la primavera. Me iré con Maxi, a vomitar tranquila y a ver si puedo realizar mi sueño con forro. Será como una despedida, ya que los espermatozoides despertaron un poco mi heterosexualidad reprimida y luego me casaré con Asilana. Iré allí a descomprimirme. A entregarme con los ojos cerrados y con miedo, que sé que eso es lo que le gusta a los hombres. Voy a gemir de dolor, me pondré en la posición que ellos quieran. Boca arriba, con las piernas extendidas, perrito y si se la bancan, de arriba. Yo no voy a acabar. No voy a serle infiel a Asilana. Voy a dejarme el pelo sucio durante esos 5 días para volver corriendo hacia la peluquería y declararme. "Sin ti mi cabello no puede vivir y yo, Asilana, te necesito porque creo que te amo. Estoy embarazada y este bebé lo hice pensando en vos. Es para vos, para que juegues al bellissimo juego de ser mamá".

Hoy es 19 de Agosto y salgo para Mardel. Tengo mi pasaje y un poco de náuseas pero me siento contenta. Ayer me compré un conjunto sexy negro, que hace más flaca. Me llevo

música para ir escuchando en el tren. Soy un bombón lleno de grasita fresca para ser devorada. Soy el durazno que ha reverdecido gracias al bebé y al beso de Carmen que me introdujo en mi nueva vida de pasión y libertad. No sé que pensarán en el Colegio San Alberto. “Ma qué me importa, ¡Váyanse a donde quieran, yo me voy de joda! 15 minutos antes de salir recibo un mensaje de Cecilia. ¡Qué raro! En él me dice que ella pensaba que yo estaba forrada en dinero, que ella había escrito un cuento contando una historia verídica de mí, pero ahora se había enterado que yo era una fracasada. Que lo sentía. Que cuando necesite plata que le pida, que su novio es muy guitudo, que tiene 4 hijos hermosos. En el mensaje me deja su teléfono pero cuando la llamo para decirle que yo también estoy embarazada me dice la de la telefónica que el número no está habilitado para recibir llamadas no autorizadas. ¡Qué raro! Bue... Me tengo que ir; si no perderé el superhipertrén velocidad media, el rápido es muy caro. ¿Tengo todo? Sí. No tengo foto de Asi pero la llevo en la pantalla de mis ojos cerrados. ¡Ay preciosura... qué linda que sos! Llego a la estación y voy al andén número 5: Tren LOBO rumbo a Mar del Plata, dice el cartel. Dudo si subir o no. De repente siento una mano que me detiene agarrándome el hombro.

-No vayas.

-¡Asilana!

-Pedí tu teléfono en la peluquería y en tu contestador estaba el mensaje que te ibas para Mardel. No podés irte. Yo sé que no valgo nada.

-¿Vos? Vos sos el cielo -le digo.

-Yo no. No sé cómo expresarte mi dolor. No sé como gritar para que nadie me vea. En mi cuarto grito con la mente y a veces no doy más.

-¡Asilana! ¿De qué no das más?

-De vivir... no sé cómo hacerlo. Sólo me hace feliz o

me distrae del dolor la peluquería y... en tu cabello... –se larga a llorar y yo la abrazo.

–¿En mi cabello qué?

–En tu cabello está lo que fue mi felicidad. Vos sos la parte que me falta. Cuando Dios creó al ser humano lo creó con cuatro patas, cuatro brazos y dos cabezas. Luego un rayo los separó a todos y cada ser se perdió y ahora todos nos buscamos y vos... sos... mi vida. Sin vos la muerte es sólo la muerte. Con vos la muerte es el final de la vida. Una vida con vos Fernanda.

–Pero yo... soy un desastre. ¡Andate! No soporto que me ames. Vos, tan bella y yo un monstruo inmundo, asqueroso. En mi casa hay cucarachas y yo las siento menos inmundas que yo. Aún no comprendo cómo no se me escapó el gato, cómo no se secaron mis plantas, cómo tengo trabajo, cómo espero...

–¿Qué?

–Algo.

–¿Qué esperás? ¿El amor?

–No, eso no lo soportaría, por lo menos la que soy ahora. ¡Asilana dejame tomar el tren (Quiero que me maten y me golpeen en un burdel)

–No es lindo que te golpeen y te violen y te contagien sida.

–No. ¿Ves lo que soy? AUTODESTRUCCIÓN.
Perdoname. ¡Please! Yo también quiero gritar.

–Estamos gritando, mirá cómo nos mira la gente. No te culpes, de alguna forma el dolor nos une.

–Y nos aleja, divina. Yo aún quiero ser feliz. Aún tengo esa fantasía infantil.

La agarro de la cintura y la beso con fuerza. Con toda la fuerza que puedo pero no me sale porque estoy llorando y tiemblo y mis lágrimas hacen de mis labios y de los suyos una superficie patinosa, llena de mocos.

Llegamos a una enorme casa que tiene un hermoso jardín lleno de árboles frutales que están florecidos y que huelen a jazmines, azahares y olores riquísimos. También hay árboles añejos que parecen hombres bigotudos con bastones y botas de cuero tejanas. Todo es muy bello. Bello y feliz. En el camino me dieron algo y ya no recuerdo nada, sólo tengo sueño, mucho sueño y algo parecido a la desesperación, pero como en una frecuencia conectada con el cosmos. Me bajan, porque me ayudan a caminar, porque seguramente saben que estoy embarazada y voy dando tumbos por las escaleras que ascienden hacia la mansión. En la entrada hay unas hermosas empleadas con polleritas cortas por las rodillas que me saludan muy cortésmente. Yo les digo "Hola, ¿cómo es tu nombre?" Y ellas me los dicen de a una pero todas se llaman igual. No me acuerdo ahora los nombres pero eran preciosos. Todos juntos e iguales. Me hacen firmar una planilla y yo hago mi mejor firma llena de orgullo: Fenanda Rosetti. Con el rulo de sonrisa que caracteriza a mi firma y que también tengo tatuado en la cola. Ahora tengo 31 años, y de verdad. Me acaban de decir que perdí al niño. Yo les digo que no importa, que igual era muy chiquito y que tendré otro próximamente. Yo sé que seguro están equivocados, que no saben nada de bebés, que no es así. Y les pregunto si puedo ir al baño. Me acompaña una chica re linda. Yo entro en el toilet que tiene cortina y hablo bajito:

—¿Maxi?

—Sí, ¿mamá?

—Quería saber si estabas bien.

—Sí, como siempre. Ahora tengo dos ojos.

—Mi amor, sos hermoso. Me tengo que ir ahora.

—Chau ma, pero yo voy con vos.

—Sí —me río— no me di cuenta.

—Bueno ya está —le digo a la chica— todo bien. Más que bien —y salgo con una enorme sonrisa.

-Me alegro mucho -me contesta.

-Yo también.

-Bueno, venga por aquí.

-Podés tutearme.

-Bueno, vení. Vamos a descansar un rato.

-Sí, tengo sueño. ¿Qué hora es?

-Son las 18:00 hs.

-¿Tiene un whiskycito?

-No, ahora no podés tomar. Te voy a dar otra cosa que te va a hacer sentir igual de bien.

Me llevó por un pasillo lleno de macetones pintados de color verde clarito y las paredes eran de color durazno. ¡Mi color preferido! ¿Cómo no han pintado el techo de celeste? ¿Cómo es que lo han dejado color blanco? Bueno, sobre gustos cada uno hace lo que quiere y esta no es mi casa.

-Por aquí.

-¿Por ahí?

-Sí, esta es tu cama por hoy. ¿Cómo es tu nombre?

-Vanessa.

-Muy lindo. Vanessa, Vanessa -y me voy quedando dormida.

Por la noche no sueño nada. Por la mañana me levanta otra señorita. Cuando le pregunto el nombre me dice: Vanessa. ¿Por qué se llamarán todas igual? Pero puedo distinguirlas por los rostros. Me invita muy amablemente a desayunar. Me siento en la mesa con otras chicas como yo. Algunas un poco despeinadas. ¿Cómo tendré el pelo yo? Me lo toco; lo tengo hecho un nudo y no tengo cepillo. Llamo a una señorita y le digo que tengo que ir a la peluquería, que se me va a estropear el pelo. Ella me dice que lo tengo muy bien pero que si quiero después me lo peina. Yo le contesto que tengo una peluquera personal, que ahora no recuerdo el nombre pero que es la única

que me toca el pelo, que ni yo me lo toco. Ella me dice que entonces lo voy a tener que tener así, pero que igual está muy bonito. Después de desayunar nos llevan a todas las chicas y a mí a una sala enorme con bancos y sillas puestos en dos filas enfrentadas. A cada una nos dan una casa. La de mis compañeras son hermosas, redondas y la mía no. Yo me largo a llorar. Una de ellas me dice que la mía es preciosa, y yo ahí me doy cuenta que la mía también es algo redondeada aunque está formada por pequeños honguitos irregulares que forman una superficie global, aunque desapareja. Pero igual las de las otras son más lindas, más redondas, más suaves, más homogéneas. Como globos de adivinación blancos. Muy blancos y brillantes. Yo me conformo.

Luego pasamos a otro ejercicio. Nos dan una casita cada dos chicas. A mí me toca con una tal Verónica Arata y a las dos no nos gusta la que nos toca, porque tampoco es redonda. La nuestra es de madera y dura, pero cuando nos ponemos a investigar llenas de curiosidad por una puerita, descubrimos que adentro de nuestra casita (que mide como un metro y medio de alto) hay puentes muy mal contruidos pero hermosos, con movimiento. Adentro de nuestra casa hay más casitas y gente que vive allí adentro, que trabaja. Son muy pequeñitos. Giramos alrededor de la casa y por las otras ventanas se ve lo mismo. Podemos meter nuestras manos y hacer funcionar los puentes y las puertas de la fortaleza. Hay una Iglesia, un Cristo, una Virgen y muchos vasitos llenos de Coca Cola. Verónica se porta mal y comienza a hamacarse. Las dos nos hamacamos agarradas de nuestro banco, bien fuerte. La profesora nos va a retar y yo empiezo a tener mucho miedo. Le digo a Vero que paremos y ella no me escucha, sigue y sigue. La profesora nos dice que no seamos traviesas y yo no le puedo decir que yo no soy. Vero para la hamaca y la profesora nos dice que terminó el ejercicio, que ahora podemos ir a pasear por el jardín.

¿Dónde mierda carajo la putamadre estoy? ¿Qué mierda es esta puta casa? ¿Qué repija de día es mierda hoy? ¿Caca? ¿Pis? Camino por el parque. Es re lindo, no puedo negar que es encantador. Ayer llovió y hoy está un poquito embarrado. Hay hongos por todos lados y algunas chicas se los comen y caen enfermas por varios días. Otras mueren. A ese tipo de chicas las llaman las honguitas. Tienen la manía de comer hongo, por eso por lo general no las dejan salir los días post lluvia. Pero hoy les brotó el honguismo a unas nuevas. Espero que no les pase nada. Yo ni los pruebo. ¿Para qué si después voy a comer sopa con puré? Eso es lo que me prometieron las señoritas que no sé aún por qué se visten todas iguales. ¡Qué falta de imaginación! Aunque no les falta elegancia ni belleza. Algunas están re fuertes. Como Vanessa 7. Rubia, delgada, cinturita de avispa y culazo de abejorro. Bueno, me siento en un banco y me pongo a contemplar las flores de un duraznero. Algún día dará frutos que comerán las chicas de la mansión. ¿Estaré en Mar del Plata? Veo pasar de repente a Vanessa 7 y la saludo.

-¡Hola Vanessa!

-Hola ¿Fernanda?

-Sí... te acordás de mi nombre...

-Sí, claro.

-¿Y qué hacés aquí caminando por el parque tan solita?

-Nada, cuidando.

-¿A las flores?

-Si, a las flores y a las chicas.

-Mmmmm.... ¡qué bueno! ¿Y lo estás pasando bien?

-Sí, como todos los días. Mucho trabajo.

-¡Vení! Sentate a descansar conmigo un ratito.

-Tengo que seguir caminando.

-¡Qué pena! ¿Nos vemos después?

-Sí, cómo no. A la hora del almuerzo.

–Sí... me encantaría. Sería un placer.

Y se va moviendo sus nalgas con su vestidito que le ajusta la cintura. Se va hacia las flores bajas, donde hay algunas chicas acostadas sobre el barro jugando. Ella las reta, les dice que no aplasten las flores, que el jardinero se va a enojar. Y comienza a levantarlas de a una, resbalando como en una patineta sobre el hielo. Se cae, se revuelca y grita. Yo me río. ¡Qué divertido! Además en medio de esa lucha de lodo se le ve la bombacha amarilla que se va tiñendo de marrón. Ella gana. A los gritos y a la fuerza. ¡Qué mujer! Tan flaquita que parecía y ¡tan dulce! Es un tigre. En la lucha del lodo le dicen la potra. Pasa de vuelta con cinco chicas atadas con una soga y yo la saludo “Felicitaciones Vanessa, ganaste... Chau linda.” Voy a almorzar y me reencuentro con mis compañeras del taller. Con Vero, mi compañera de casita y de hamaca. Nos sirven una riquísima sopa con una montaña de puré encima. Yo voy deshaciendo la montaña hasta que queda como una compota salada y deliciosa. La como con cuchara porque no nos han dado tenedores pero ¿para qué los queremos si es sopa? Para beber jugo de naranjas exprimido con gas y espuma. Parece cerveza. Las chicas hablan entre ellas muy entretenidas. Busco a Vanessa 7 pero están Vanessa 5, 3, 1 y... entra por la puerta 7, bañadita y perfumada. Yo estoy como a 20 metros pero puedo sentir su olor a colonia after ducha. Entra con una cara muy sonriente. De todas las Vanessas es la más buena y linda. No sé cómo llamar su atención ya que todas las demás chicas la reclaman. Vanessa esto, Vanessa lo otro. Una tira un plato por el aire y ella corre a limpiar el piso. Vanessa 3 se la lleva. A la chica, no a Vanessa 7. Me pongo a charlar con Vero.

–Hola Vero.

–Hola, ¿cómo te llamás?

–Fernanda Rosetti. ¿No te acordás el juego de la casita y de la hamaca?

–Sí, claro. Estuvo bueno. Pero no le tenés que tener miedo a las profesoras, ellas son buenísimas.

–Pero no sé, no me gusta pasar por arriba de la autoridad.

–...Qué autoridad ni nada –me dice bajito y seguimos charlando bajito–. Aquí la autoridad es esa –y me señala a una mujer grande y alta que está sentada leyendo.

–¿Y esa quién es?

–La jefa de todas.

–¿La jefa?

–Sí, la jefa.

–¿De las señoritas?

–Sí, de las enfermeras.

–¿Qué enfermeras?

–Esas, las de los vestiditos blancos.

–¿Las Vanessas?

–Sí, de esas. Esas son enfermeras, ¿no lo sabías?

–No... ¿será porque yo estoy esperando un bebé y lo estoy por perder que estoy aquí?

–No... shhh... todas las que estamos aquí estamos un poquito del tomate.

–¿Lo...?

–Sí. Pero no pronuncies esa palabra porque es la palabra de la revolución. Se empiezan a levantar todas y se hace un despelote bárbaro.

–Pero, yo no estoy lo... ¿o sí?

–No sé. No parecés.

–¿Y vos?

–Yo no sé, creo que no. Igual en cualquier momento salgo.

–Igual es lindo el lugar.

–Mientras te portes bien.

–¿Por? –le pregunto aún mas bajito.

–¿Qué cuchichean por ahí? –pregunta Vanessa no sé cuanto porque ni le miro la cara.

–Nada –le responde Vero–. ¿Ves? Nos controlan para que no nos descontrolamos.

–¿Estoy muy despeinada?

–No, estás bien ¡Qué lindo pelo que tenés! ¿Puedo tocártelo?

–Sí. Sólo vos porque me caés re bien y puedo ver en tus manos la delicadeza de una artista. Pero acá no. En el baño. Yo voy primera.

–Dale, yo voy después.

Pido permiso y me lo dan porque me porto bien y soy nueva. Entro en él y no hay nadie. Me lleno de excitación porque pronto llegará Vero a tocarme el pelo. No hay espejos, así que no sé cómo lo tengo. Tal vez el aire del parque me lo peinó. De repente entra Vero vestida con un pantalón todo desplanchado y una camisa sucia pero bien puesta. No es re linda pero tiene una sonrisa preciosa. Ni siquiera le miro el cuerpo, sólo los ojos brillantes, su pelo rizado y reseco, y su boca de gruesos labios. Ella se acerca y se pone a mis espaldas y empieza a tocarme el cabello. Yo no siento casi sus manos. Es como si me hiciera un reiki de pelo. Siento cómo su aliento se va poniendo más espeso y caliente. Baja sus manos hacia las puntas y vuelve a subir. “No quiero despeinártelo”, me dice. “Así está bien” le contesto, mientras ella sube y baja haciendo remolinos y yo siento la tibieza de sus palmas y la energía de sus dedos.

–Te lo estoy planchando con el calor de mis manos. Tenés un pelo fantástico. Hace meses que no me sentía tan bien. Si te vas antes que yo te voy a extrañar.

Yo estoy volando, pero con los pies en la tierra. Plantada en el baño como una planta de esas que crecen hasta en las baldosas. Amo sus manos y sus palabras. Me atrevo y se lo digo.

–Hagamos el amor.

–¡No! Aquí no podemos.

–Nadie nos va a ver.

–Sí, ya deben estar sospechando que estamos tardando mucho tiempo.

–Pero... si el amor sana.

–Pero aquí no.

–Un poquito. Dejame tocarte.

–Bueno, sólo un minuto y nos vamos.

Me agacho rápidamente ya que tengo muy poco tiempo. Le bajo los pantalones hasta los tobillos y le corro la bombacha para un costado con una de mis manos. Meto mi cabeza entre sus piernas y con mi lengua llena de excitación comienzo a acariciarla. Luego en los últimos 30 segundos succiono como una aspiradora a toda velocidad como si quisiera comérmela, como si fuera el último plato de comida de mi vida. Yo me mojo toda y ella también y me deja un gusto refrescante en la boca.

–Ya está, vamos –me dice.

–Estuvo buenísimo.

–Sí... muy bueno.

–Re bueno. ¿Un minuto más?

–Bueno dale. Uno y rajamos.

Y me vuelvo a agachar. El piso está frío y húmedo, con olor a desinfectante. ¿Cuántas chicas harán el amor en este baño? No tengo tiempo de pensar ni de hacerme preguntas. Este minuto se prolonga más y más. Ahora le meto tres dedos adentro y ella gime bajito. Luego sigo con la lengua que es lo que sacia mi sed de amor y de pasión. De pasada le chupo el culo y lo tiene riquísimo. Es un dulce de batata. El corazón de una torta de duraznos con crema. Un agujero negro que conduce al edén, un...

–Bueno ahora sí, rajemos.

–Sí –le digo–. Yo voy primera.

–Antes que nada: nunca lo había hecho con una chica.

–Yo tampoco con una como vos. Vamos.

Y salgo del baño limpiándome con la lengua los bigotes de leche que me dejó Vero. Entro al comedor y está todo bien. Vanessa 3 me pregunta si estoy bien y yo le digo que sí. Que sólo tenía un poco de náuseas por el bebé. Al ratito entra Vero y se sienta a mi lado. Intercambiamos cucharas y le damos a cada una un beso. Sonreímos. Quedo todo el día como una boluda. Vamos a la clase de gimnasia y somos todas unas troncas. Me va a venir bien esta estadía para mover el cuerpo y hasta para coger más seguido. No me puedo ni mover. Por más que la profesora con su equipo de gimnasia esté re buena yo no puedo sacarle los ojos a Vero de encima. Ella también me mira. Pero nadie, nadie, debe saber de lo nuestro.

¡Por favor no me corten el pelo!

Termina la clase de gimnasia y estamos todas destruidas y listas para una siesta espectacular. En mi cuarto dormimos 4: Sarah, Violeta, Ian y Julia. Son macanudas. Sarah, Violeta y Julia tienen algo raro. No sé, inventan cosas todo el día, pero son divertidas. Nos contamos anécdotas de todo tipo. Me tocan la panza para sentir al bebé y todas lo sienten menos Ian que no habla, es muy arisca pero no tira mala onda. Ella está en su cama mirando hacia la pared y duerme como un tronco. Al rato de charlar a todas nos da sueño a la vez y caemos rendidas sobre el colchón. Las Vanessas nos tapan para que no nos resfriemos y nos dejan un bombón de chocolate sobre la mesita de luz para el hambre que nos da cuando nos levantamos a eso de las 6 de la tarde. La primera vez que me dejaron el bombón pensé que me lo

había dejado Vero. Pero ella está en otro pasillo, al lado de los baños, a unas cinco puertas de la mía. Cuando nos levantamos Vanessa 7, la linda, nos propone ir a bañarnos. Todas renegamos, pero ella nos convence. Así que nos metemos en las duchas con el agua calentita y con jabón de lavar la ropa. Yo pido si tienen champú Sedal, que tengo el pelo frágil. Ellas me dicen que sólo hay jabón y que sólo hay jabón y punto. Yo insisto que si no, no puedo lavármelo.

–Mirá linda, te lo lavás o te lo lavás –me dicen.

–Mire Señorita, yo aquí pago y quiero que se me atienda bien. Yo tengo que seguir un tratamiento especial para mi cabello y necesito Sedal. De Lux o Springtime.

–Acá no hay nada de eso y todo es igual para todas.

–Entonces traigan Sedal, De Lux o Springtime para todas. Tenemos que cuidar nuestros pelos.

–No insista señora.

–No insisto. Sólo reclamo lo justo.

–¡Sí! Todas queremos Sedal, Lux, Springtime –dicen mis compañeras.

–Mire señora Rosetti. No intente armar un complot que se las va a ver oscuras.

–Se lo estamos pidiendo de buena manera. Pero acepto y aceptamos que hoy no nos lavaremos el pelo. Pero para mañana queremos los champús pedidos.

–Acá se bañan cada 5 días.

–Bueno mejor, tienen más tiempo para conseguirlos. Si no...

–No amenace, que le cortamos todos esos pelos chiruzos que le cuelgan muertos de su cabeza.

Yo la miro con ojos asesinos pero no la intimidó ni un poquito.

–Acuérdese: le cortamos todo.

–Yo tengo mi peluquería y ahí son los únicos que me

cortan lo que yo quiero.

–Me cansó ¡Llévenla a la peluquería!

Y vienen cuatro no Vanessas, otras que me agarran de los brazos y yo voy gritando mientras me arrastran porque no muevo los pies.

–¡No me corten el pelo, me van a hacer abortar! ¡No me corten el pelo, por favor! ¡Chicas ayúdenme! –y me pierdo por un pasillo desconocido.

–Está bien. Me lo lavo con lo que quieran.

–No, ya está. Ahora todas quieren lo que vos querés. Te convertiste en una líder y las líderes pagan por el resto de las sometidas. Te lo cortamos.

–Pero podemos transar. Ya que soy una líder puedo convencer a las chicas de algo que ustedes necesiten.

–No.

–Piénsenlo... por ahí les conviene. ¡Voy a ser mamá! ¡Tengan compasión de mí! ¡O de mi bebé! ¡Maxi, deciles que no me lo corten! Hagamos un trato: ya que tengo influencias...

–Pero si igual tu pelo es un desastre. Te cuelga una rasta de tus raíces canosas.

–Pero... ustedes no saben y no entienden nada.

–Es lo que dicen todas.

–No, yo soy especial. Ya se van a dar cuenta que es una confusión. Yo soy profesora. Sólo salí de vacaciones y me trajeron para acá.

–Sí, en jet.

–No... no me acuerdo en qué, pero yo iba a tomar el tren. ¿Esto es Mar del Plata?

–Sí. Y ahora te cortamos el pelo.

–Mirá, no me hagas poner como loca.

–Shhhh... decilo bajito.

–Si me cortás el pelo lo grito.

–Bueno... esto no va a quedar así. Sos peligrosa. Vamos a tener que hacer un trato. Vos convencés a las chicas de lo del champú, no gritás nada y prometés que de ahora en adelante no vas a hacer ningún tipo de reclamo. Si no, ¡chácate! te fajamos la pelambre.

–De acuerdo, sí, sí, sí. Todo bien. Y quiero decirles algo más: ¡qué rica la comida!

Creo que me voy a desmayar, el tráfico de cigarrillos es tremendo. ¿Moriré?

Hace días que estoy metida en el tráfico de cigarrillos, es la única manera de ganarme unos pesos y comprarme cosméticos para embellecerme. Mi cabello ya se ha caído naturalmente y lo he guardado en una bolsita. Al mío lo tengo crecido canoso y despajeado. En realidad siempre fue la creación artificial de la mujer lo que me trajo a esta cárcel. Dalia, mi hermana menor. Ella me lo dijo: “Implantate cuando seas mayor y te parecerás a mí.” Ella, que me hizo tener tantos complejos: de niña impotente, de mala, de ambiciosa. Ella tenía 27 años cuando falleció. Todos saben su historia. Desde ese momento yo no pude superar mis crisis de alucinaciones con bebés. Quería hacerla revivir en mi vientre y que desde allí me siguiera, aunque sea acomplejando, pero estando aún conmigo. Luego de su partida quedé sola. Con toda mi casita hecha, sin amiga con quien jugar. Ahora estoy más lúcida que nunca. Trafico cigarrillos que me vende Vanessa 8. Como ella quiere quedar limpia, me los da a mí y yo me juego el pellejo. Todas fumamos para divertirnos. Nuestra frase preferida: ¿Tenés un pucho? –No hermana, no tengo pero te puedo conseguir alguna que otra yerbita. Esta es mi nueva

profesión y me he convertido en una fumadora a la que se le queman los dedos. Pero sé que hay sólo una mujer que me puede rescatar de verdad de verdad. No la Virgen María que me abandonó hace siglos. Así... que aún no puedo nombrarla. (Ya hace tres años que estoy aquí adentro controlando el grito de la revolución). Y lo pienso en la obsesión de mi mente: "Loca, loca". Perdí a Maxi y no pude fecundarme con Vero. Tampoco siento que ella sea el amor de mi vida. Salimos y como estamos hace tiempo internadas y yo estoy con lo de los cigarrillos, Vanessa 8 nos da una habitación por varias horas. Tengo privilegios que me los gané yo misma. Pero sí que puedo y sí me animaré a gritar y quedar para siempre en el recuerdo del amor que me dieron los dedos de la mujer más bella que conocí. La única que fue capaz de darle vida a mi pelo y a mi vientre. La única capaz de ir a buscarme a una estación de tren, aunque yo lo haya arruinado todo. Ella me guió a Mar del Plata y me sacó de mi rutina de clases diarias a los borregos que ya no me aguantaba más. Me sacó de no poder dormir por las noches, de ver hombres de luz detrás de las puertas. Necesitaba un descanso y aquí estoy descansando. ¿Lo digo?

Para siempre... ¡Asilana! ¡Asilana! ¡Asilana! ¡Asilana!
¡Asilana! ¡Asilana! ¡Asilana! ¡Asilana! ¡Asilana! ¡Asilana!

¡Hola!

-Tardé 5 años en encontrarte.

-Yo no dejé de pronunciar tu nombre.

-Tu cabello necesita cuidado.

-No, ya está bien así.

-No, no, no. Ahora ya soy peluquera con papeles y todo.

-Sos una artista...

-Ahora sí.

-Me dan celos saber quién fue la afortunada a la que le cortaste el pelo por primera vez.

-Una. Cualquiera de esas tantas. Cabello lacio, nevado por la caspa. Le hice un corte moderno irregular y me saqué un diez. Todos me aplaudieron. Yo sentí que lo había logrado. Y... te recordé. Vos fuiste la cabeza más hermosa que mis manos tocaron y la extraño. ¿Puedo tocártela?

-No, no lo soportaría.

-Dejame, será suave. Traje champú Flash Star, uno nuevo. Dejame hacerlo, hace tiempo que deseo hacerlo.

-No, no quiero. Lo tengo hecho un asco.

-Vas a ver que se va a poner lindo y suave.

-Pero ¿dónde? Aquí no hay lugar para hacer cosas no colectivas.

-En la fuente del parque. Tiene el agua limpia.

-Bue... dale.

Y fuimos caminando charlando de sus nuevas clientas, de cómo creció la peluquería. Que Cerini murió y que ahora está su hijo pero que hay clientas que la buscan sólo a ella. Llegamos a la fuente y sacó el mantelito suicida.

-¡Me vas a matar!

-No tonta, es para que no se te moje la ropa.

-Igual me vas a matar.

Luego sacó los productos y los apoyó al borde de la pileta. Tiró mi cabeza hacia atrás y esta vez la vi de frente, porque ella se montó sobre mi pelvis apoyando la suya sobre la mía, ya que la pileta era muy ancha y no podía ponerse por atrás. ¿Te duele?, me preguntó.

-No.

Esta posición me excita, pero no como con Vero. Yo estoy enamorada de ella. Antes de que ella llegue a rozar mi cabello blanco y reseco, cierro los ojos y comienzan a caerme lágrimas de letras que dicen "Fernanda". Los abro y veo cómo llena sus palmas de agua para mojármelo. Se acerca el momento y ya no siento desesperación. Comienzo a percibir el placer que sus manos me darán. Y zácate. Me lo moja primero soltando el agua que sostenía la cavidad de sus manos y luego comienza sin preámbulos su faena de peluquera experta tocándome de arriba hacia abajo. Siempre de arriba hacia abajo. Vuelve a llenarse las manos pero ahora de champú y me hace masajes. Yo le sonrío.

-¡Estás reverdeciendo!

-Estoy siendo feliz.

-Es un champú mágico.

-Son tus manos piadosas y llenas de amor. Un amor que entregás y que vale más de lo que te pagan.

-Es mi trabajo, aunque esta vez no siento que estoy trabajando. Te estoy haciendo el amor. Sentí mis dedos cómo entran en tus orejas.

-No hace falta que me digas nada. Siento todo, todo. Recuerdo todo. El día que te conocí y que quise tener un hijo con vos y que lo intenté, pero lo perdí porque me prohibieron hablar con él. Creo que murió de soledad. Le gustaba mucho charlar.

-Como a vos. Yo tengo un hijo.

-Pero... pero... ¿cómo?

—La ciencia... y ese hijo que ahora tiene 3 años se llama Maximiliano.

—¿Por mi bebé?

—Sí, por el tuyo. Tengo una amiga que corta el pelo aquí y me contó la historia de una mujer que hablaba con su bebé de 10 días y me conmovió. Aparte que la entendí, porque el mío comenzó a hablar al mes y medio.

—El mío era muy precoz... pobre Maxi. Nunca debí haberlo traído aquí.

—Pero si te trajeron...

—Tenés razón. Ellos me lo mataron.

—...Sabía que te iba a encontrar, como cuando te encontré en la estación. ¿Te acordás? La sorpresa que te diste y el shock que te agarró cuando tomé tu hombro y te declaré mi amor.

—Sí... y ahora ya sé que no estoy en Mar del Plata.

—No, —y me susurra— te vas a escapar conmigo. Tengo todo planeado.

—No me animo.

—Yo voy a hacer que te animes, porque esta vez no te me vas, vieja chota.

—Epa! ...con lo de chota.

—Chota significa de pelo choto. Yo te lo voy a dejar como un violín. Un violonchelo que cuando camines por la calle no va a dejar de chispear con el viento.

—Estoy cansada.

—No, ahora. Ahora nos vamos. Fingís un ataque al corazón y nos vamos.

—Nadie te cree nada acá.

—Tenés razón. Hacemos un agujero en el alambrado y yo te espero afuera y nos tomamos el 95.

—Estamos custodiadas. Y el alambrado está electrificado.

—¿Entonces? Decime vos.

–Me voy a atar a los pies de una paloma blanca y ella me llevará afuera.

–¡No! Eso no te sacará.

–¿Y si me escapo por las cloacas?

–Eso puede ser... dejame pensar... eso lo vi en las películas. ¿Pero yo dónde te espero?

–En la peluquería.

–¡Dale! Trato.

–Esta noche lo hago.

–De noche está cerrada la peluquería, te espero en la puerta.

–Sí, en la puerta... No recuerdo la dirección. ¿Por qué mejor no pedís que me saquen?

–Buena idea. Vamos ya mismo.

–Yo me siento sana para salir, ya descansé mucho.

–Vamos, que no doy más.

–Hola Señora –le dice Asilana a una de las enfermeras.

–Vengo a buscar a esta mujer...

–Fernanda Rosetti –aclaro yo.

–¿Con el permiso de quién? –dice la enfermera.

–Con este permiso, a ver... –y revuelve la cartera– del doctor... –y sigue revolviéndola–. Yo la tenía por acá. Sí. Acá está. Vea...

Y saca el permiso de corte de pelo que le dieron en la peluquería Staff Cerini. Apenas mostrárselo le explica que yo ya tengo un trabajo en Cerini. Ah... Cerini... –dice la enfermera. Sí, lo conozco. Una peluquería importante. Del centro. Y Asilana le explica que ella se va a hacer responsable de mí. Yo no digo nada, pero ¡qué humillación! Una niña de 36 haciéndose cargo de una de 70. Comento que no festejé mi cumpleaños, que me lo festejaron a la fuerza pero no pudieron lograr que apague el velón, así que

todas mis compañeras se abalanzaron sobre la torta para hacerlo y devorarla lo más rápido posible.

–Bueno... déjeme consultar –y se retira.

–Sí señoras, buenas tardes –dice la reina mayor que yo nunca había escuchado hablar–. Me comentaron que la señorita quiere darle el alta a la interna Rosetti.

–Sí –dice Asilana–, quiero hacerme cargo de ella.

–Pero Rosetti aún no está preparada. Necesita un parte médico de alta.

–Yo le mostré a...

–Vanessa –contesta Vanessa.

–...que yo trabajo en una peluquería y que me recibí y que allí le darán un empleo. Tengo los papeles.

–Ella necesita un parte médico.

–¡Y dónde está el médico!

–Ella aún no está preparada.

–¿Cuánta plata quiere?

–¿Qué dice? Esto es medicina. Este es uno de los mejores hospitales de la ciudad. No vendemos partes médicos.

–Yo no le pido que me venda un parte médico. Le pido que nos deje salir por esa puerta.

–¿Ustedes son lesbianas?

–Mmmm... ¿por qué la pregunta?

–Quiero saber...

–¡Sí! –yo permanezco callada. La guacha si se va estará bien y yo quedará pegada.

–Bueno. Sacaré el caso a la luz nuevamente. Pero ella no deja de gritar Asilana, Asilana. Hace tres años que no para.

–Pero hoy paró, ¿no es cierto?

–Sí –digo yo haciendo fuerza por no decir su nombre.

–Ella necesita salir de aquí hoy mismo. No aguanta más. Ella me llamaba para que yo viniera a buscarla y ahora

que llegué paró, porque yo la encontré.

–Pero yo no puedo hacer nada, lo siento. El horario de visitas termina en media hora. Adiós –y se retira.

Vanessa se va también. Yo la miro a Asilana y le digo con los ojos que nos vayamos.

–Sí, nos vamos –me dice ella llorando.

–Te lo digo de verdad. Yo me trepo al alambre electrificado, me meto en la cloaca, me disfra...

–...zo de Vanessa! Eso. Vamos al parque, traje tintura. Te tiño el pelo y vos andá y disfrazate con la ropa de alguna Vanessa.

–Pero todas son mucho más flacas que yo.

–Tiene que haber alguna gordita.

–¡La cocinera!

–Bueno, ¡hagámoslo!

Ella me tiñe oculta entre la maleza aún no cortada por el jardinero. No me veo pero me siento como nueva. Entro por la parte de atrás de la mansión y abro la puerta de la cocina. Allí está el lobo marino de Vanessa 10, cortando papas con un cuchillazo. Esta me mata, pienso. Así que agarro un cuchillito para pelar ajo y me lo meto entre la ropa ajustándolo con la bombacha. Me deslizo por detrás de las cacerolas y luego me escondo debajo de la mesada. Veo pasar sus pies de un lado a otro. De pronto me doy cuenta de que la tengo que agarrar por la espalda porque desde ahí no me puedo mover. Salgo haciendo marcha atrás y, cuando ella se da vuelta, me levanto y me resbalo con una cáscara de cebolla. Ella no percibe el bullicio que provocó mi caída. La cáscara me ubica en una posición perfecta, dentro de un armario que al abrirlo me deja ver su espaldón. ¿La tendré que matar como a la planta? No, la voy a amenazar y la voy a atar con una ristra de ajo. De a poquito (no tengo ya mucho tiempo por lo del horario de las visitas) abro el placard. Ella canta no sé qué canción, no

quiero que deje de cantar para no escuchar sus gritos. Camino pie a pie como cuando elegíamos los equipos de fútbol y de pronto le digo, amenazándola con el cuchillito en la garganta, que me dé toda la ropa. Ella se da vuelta y me amenaza con su cuchillote calibre 4800 diciéndome:

-Me querés violar vieja de mierda.

-No, no, no. Nada que ver. Me quiero escapar.

¡Ayúdame!

-Si te ayudo a mí me rajan.

-Entonces te voy a tener que cortar un dedo.

-Y yo te corto la cabeza.

-Pero vos no tenés ganas de ir a la cárcel, en cambio yo ya estoy en ella y no me importa nada. Que me echen la culpa a mí. O no, no les digas nada. Decí que fue un hombre que te quiso violar y que se llevó tu ropa para olerla en la noche.

-¿Te parece?

-Me parece re bien. Muy buena idea.

-Bueno dale, pero te voy a cobrar algo.

-No tengo guita.

-No, no es guita.

-¿Y qué querés?

-No me tutees. Tratame de gran señora y chupámela... que yo me enteré que a vos te gusta.

-Es que... no tengo tiempo.

-Entonces no te doy nada.

-Bueno dale, sacate todo y te hago la cachimela.

-Sacame vos la ropita.

-Antes te parecía una vieja de mierda...

-Sí, pero yo voy a cerrar los ojos y las lenguas no tienen edad.

-¡Qué racista que sos con la gente mayor! Te cuento algo... mi novia tiene 36 y me ama.

-Ahora me calentás más. Sacame todo.

Por suerte la gorda tenía solo delantal y corpiño. Antes de que se arrepienta me saco mi ropa y me pongo el delantal para hacerla acabar y salir de un raje. Me agacho y visualizo la concha de Vero porque la de Asi no la conozco. Inspiro y empiezo. Así no, con amor, me dice. Bueno bombón, le contesto yo, vos si que sos un bombón. Y en ese momento comprendo el sabor de sus curvas, el amor que ella está entregándome al darme su impecable uniforme. Y la chupo como a un helado, como a la costra de una almeja salada. Es hermoso. Ella gime y yo me siento una sex symbol. Tan bien lo estoy haciendo que ella abre sus ojos y me dice que soy hermosa. Ahí me embalo más, olvidándome del poco tiempo que me queda en la mansión y la tiro al piso y me trepo como una araña para chuparle las tetas. Un chorro de leche le sale y yo bebo como un gato hambriento. No me puedo separar del sexo que ella me está dando. Vanessa grita y yo le tapo la boca. Nos van a descubrir, y se calla. Es que no puedo más. Chupame un poco más allá abajo y acabo. Te juro que acabo. Voy de vuelta para abajo y su flor es un cotelengo lleno de cachivaches, enorme. Yo estoy también re excitada. La guacha es una fiera. Me agarra del cuello clavándome la cara en su órgano femenino. No hay lengua que baste para enfrentar esa carne. Así que agarro el palo de amasar y empiezo a darle suavemente, pero ella misma se lo mete con todo. Yo ya no hago falta. Ella está poseída, así que yo me escapo por la puerta de atrás y la dejo semidesnuda tirada en al piso. Feliz. Nos encontramos con Asilana detrás de las mismas matas en las que me tiñó el pelo. Ella me dice que estoy espléndida, así sin nada debajo del delantal.

-¿Vamos?

-Sí, vamos.

-Decile al de la puerta que sos mi madre. Que te vine a buscar.

Llegamos a la puerta de entrada y de salida y le digo al portero que soy la cocinera que me vino a buscar mi hija, que hacía años que no veía. Que de la emoción no me importó cambiarme. Y el de la puerta me pide la credencial. Yo le digo que la dejé con mi cartera que igual nos vemos mañana a las 7:30 para el desayuno.

–Está bien, pasen. Y abre las puertas como si estuviera abriendo mi cerebro y curándome de todo mi dolor. Vamos hasta la esquina y decidimos correr para agarrar al colectivo unas cuantas paradas más lejos. Cuando vemos que ya estamos seguras nos miramos como dos extrañas. Y yo dudo. No sé si irme o no. No sé si estarán vivos o muertos mis gatos. Si habrán entrado mis hermanos a mi casa, que me tienen como desaparecida, y si habrán encontrado el cuchillo asesino que llevó la planta al cielo y todas las bombachas que jamás lavaba. No sé si esto es demasiado para mi inútil vida de soledad.

–No sé si podré tolerar el amor –le digo.

Ella saca la mano, para el colectivo y empujándome pide dos boletos de 2 pesos.

–El amor me pone triste, Asilana.

–No mi amor, mi amor. Porque yo te voy a cuidar.

–Ya no sé qué más decir. Antes tenía un motivo para vivir, que era repetir tu nombre. Ahora... ¿tolerarás mis noches de llanto? O no las tendré más. Ahora... ¿qué será?

Flotan globos por el aire. Está lloviendo. Le pregunto a Asilana si tiene paraguas y me dice que no. ¿Cómo haremos?! Ella me responde que no importa que nos mojemos. Que cuando llegemos a casa nos secaremos. ¿A tu casa?, ella me responde que sí. Pero yo veo globos por el aire que no revientan, ni lastiman. Veo un dragón al costado de la vereda, revolcándose de amor con una prostituta.

Tiene una lengua larga de fuego. Yo rezo por ella para que él no le haga daño. Los globos son de color rojo, naranja, azul, rosado. El río está embravecido, las olas llegan hasta el colectivo y lo inundan, pero él sigue, inundado con toda la energía de su nafta y la decisión del chofer. Mis zapatos están mojados, tristes o alegres. No sé, no me doy cuenta bien. Tantos años de insensibilidad me tienen paralizada. Soy como la planta que maté. Un bulbo muerto por dentro y por fuera. Los globos pican sobre los vidrios, se ven blandos. De a poco me voy desmayando. Aún no tomé mi medicación y no sé si estoy alucinando o las olas, los globos, los dragones son parte de la violencia cotidiana que no tolero más. ¡Quiero volver!, le digo. Hace años que no salgo de la mansión, del hermoso parque lleno de árboles frutales que con las chicas comíamos en forma de mermelada en el desayuno, que no veo a gente desconocida. Recuerdo a Vanessa 7, la más buena. Me aferro como una niña a Asilana, la aprieto hasta dejarla sin aliento, con amor impaciente, y le susurro “Creo que puedo calmarme”.

2002/03